

LO PROFANO Y LO SAGRADO EN LOS ALMUERZOS DE EVELIO ROSERO

LUZ MARINA ALEXANDRA CRUZ CORREA

UNIVERSIDAD DEL VALLE SEDE BUGA
FACULTAD DE HUMANIDADES
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS
LICENCIATURA EN LITERATURA
BUGA
2019

LO PROFANO Y LO SAGRADO EN LOS ALMUERZOS DE EVELIO ROSERO

LUZ MARINA ALEXANDRA CRUZ CORREA

Proyecto de Grado para optar al Título de
Licenciada en Literatura

Directora: Jennifer Rodríguez Henao
Magister en Literaturas colombiana y latinoamericana

UNIVERSIDAD DEL VALLE SEDE BUGA
FACULTAD DE HUMANIDADES
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS
LICENCIATURA EN LITERATURA
BUGA
2019

Nota de aceptación

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

Caicedonia, (13, enero, 2020)

El éxito alcanzado al cerrar este ciclo de mi vida lo dedico a mi amado padre que siempre creyó en mí y me acompañó en cada paso del camino a este sueño; también a mi madre, a quien le debo la vida y a mi abuela Rosa Elena que siempre me apoyó, pensando en un futuro de bienestar e independencia.

Mi más sincera gratitud al Señor por todas sus bendiciones y por guiarme cada día en este camino de la vida; a todas las personas que encontré en este camino de formación, a las que me brindaron conocimientos y/o amistad. Gracias también a mi familia, especialmente a mi padre quien con su amor hizo de mí lo que hoy soy, a mis hijas y esposo por su paciencia y su comprensión en esos momentos de soledad originados por mis compromisos con este proyecto. Así mismo, a mis docentes y a mi asesora de Trabajo de Grado que me guiaron en esta aventura. Exalto el cariño y el agradecimiento a Héctor Ramírez, el docente que despertó en mí la pasión por Evelio Rosero y el interés en el tema que sustenta este trabajo monográfico.

CONTENIDO

	pág.
Introducción	8
1. Marco teórico	13
1.1. Lo profano y lo sagrado	15
1.1.1. Prohibición y transgresión	18
1.1.2. Desenfreno y exceso	19
1.1.3. La fiesta ritual	20
1.2. El carnaval	21
2. Lo sagrado y lo profano	25
2.1. La fiesta	25
2.1.1. Rito	25
2.1.2. Prohibición y transgresión	34
2.1.3. Desenfreno y exceso	37
2.2. La vida útil o profana	40
2.3. El carnaval en un mundo transgresivo	42
3. Lo social en los almuerzos	49
3.1. La experiencia de la fiesta y la creación literaria	49
3.2. La violencia transgresora y recreadora	51
4. Conclusiones	54
Bibliografía	57

Resumen

La vida humana es dual. De un lado, las normas y el trabajo regulan la cotidianidad; del otro, la libertad y las transgresiones determinan el renacimiento y la renovación de la vida y el mundo. Lo profano y lo sagrado constituyen las dos caras de la existencia, y aunque opuestas, son complementarias. De ese modo, este Trabajo de grado permitirá a sus lectores identificar cómo lo profano y lo sagrado se entretajan en la vida humana para darle sentido a la misma, configurar sus dinámicas cotidianas y la manera como las personas se relacionan entre sí, con el mundo, la sociedad que han creado y los valores que la fundamentan. Ello a partir de la obra *Los Almuerzos* de Evelio José Rosero Diago y los planteamientos teóricos de Roger Caillois y Mijail Bajtin en relación con lo profano y lo sagrado y el carnaval, respectivamente.

Palabras clave: Tiempo profano, tiempo sagrado, almuerzos, Rosero, dualidad.

INTRODUCCIÓN

Darwin eliminó a Dios como creador de la vida y de las diferentes especies y catalogó al hombre como animal; una categoría que refiere la existencia desde el afán por satisfacer necesidades básicas como alimentación, reproducción y refugio. Además, llama al hombre animal sociable y le cede este carácter al afirmar “Echase de ver en su aversión por el aislamiento y en su afición a la sociedad, además de la de su propia familia. La reclusión solitaria es uno de los castigos más severos que pueden imponérselo”¹. A la vez, estableció que cada especie vivió un proceso evolutivo, el cual favoreció a la especie humana como una especie dominante gracias a facultades mentales superiores como conciencia, abstracción, sentimiento de lo bello y atracción por lo misterioso².

En ese sentido, ese carácter sociable y la vida comunitaria del hombre crearon la necesidad de establecer un conjunto de normas para ordenar el mundo y las relaciones del hombre con éste, reglamentar la división del trabajo y la interacción con el otro como se puede inferir del siguiente fragmento

En los primeros tiempos se establecieron, costumbres y hábitos, ritos y reglas de conducta que prescriben cómo tenía que comportarse el ser humano en el campo social y religioso. Estos tenían que ver con la forma de conducirse, desarrollar un trabajo, alimentarse, vestirse, respetar a los mayores, cuidar a los niños, e incluso cómo realizar o asistir a ceremonias religiosas. Por siglos lo anterior desempeñó un papel muy importante en el mantenimiento de los vínculos sociales y religiosos y en lograr el orden en las tribus o pueblos.³

Conjunto de normas que debe ser entendido en el marco de la prohibición; elemento que a su vez dio origen a la transgresión fundada en el deseo y el placer

¹ DARWIN, Carlos. El origen del hombre. Traducción de A. López White. Valencia: F. Sempere y C^ª, Editores, 2009. 56p. Disponible en:

https://medicina.ufm.edu/images/7/7c/Elorigendelhombre_POR_CHARLES_DARWIN.pdf

² Ibíd., p. 32

³ JARAMILLO, Juan. La Evolución de la Cultura: de Las Cavernas a la Globalización Del Conocimiento. Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica, 2004. p. Disponible en:

<https://books.google.com.co/books?id=yTtkCePlSxQC&pg=PA52&lpg=PA52&dq=jerarquia+en+la+humanidad+de+las+cavernas&source=bl&ots=4pNF6UeNGZ&sig=ACfU3U2n3IUdTWNsmAqZBn2M7mSWssYaug&hl=es&sa=X&ved=2ahUKEwjxobAivHpAhVMh-AKHQ9SDlsQ6AEwAnoECAkQAQ#v=onepage&q=jerarquia%20en%20la%20humanidad%20de%20las%20cavernas&f=false>

encontrados en la ruptura de la norma como un valor fundamental en la fiesta, la mayor manifestación de lo sagrado en la vida profana del hombre.

En tanto, la prohibición y la transgresión o la vida profana y la fiesta, conceptos enmarcados en la relación entre lo sagrado y lo profano y el carnaval y el tiempo ordinario referida por Roger Caillois y Mijail Bajtin, reflejan el carácter ambiguo y dual de la vida humana.

A partir de la concepción de estos autores, puede describirse esa ambigüedad y dualidad, teniendo en cuenta que de un lado se encuentra lo profano u ordinario y del otro lo sagrado. Lo profano, una vida sin precauciones ni temores relacionados con las peligrosas fuerzas del tiempo sagrado, un tiempo destructor y recreador; una vida dedicada al trabajo y a esa soledad a la que ha sido el hombre condenado por su quehacer cotidiano; un ritmo de vida circular, repetitivo, sin emociones, sin más preocupaciones que las materiales. Lo sagrado, una vida que se renueva, transforma al individuo, una vida vibrante y llena de alegría, excesos, prodigalidad y fecundidad, una vida que causa regocijo y a la vez angustia y temor por esas fuerzas, igual que la vida, ambiguas, que pueden ser tan fastas como nefastas y que al concretarse en actos humanos son unívocas e irreversible su rumbo y sus efectos. Además, es preciso afirmar que con el transcurrir del tiempo lo sagrado adquirió nuevas significaciones en la sociedad moderna. Gracias al antropocentrismo, el materialismo y el pensamiento científico que proyectó el hombre en ese proceso de desacralización de sí mismo, su vida y su mundo, lo sacro se convirtió en un débil eco, un vago recuerdo de toda la exuberancia y el poder transformador y renovador de éste; limitándose a hacer parte de una dimensión mística, supersticiosa, marginal y extra temporal, ésta última con respecto al tiempo ordinario y común de la existencia humana. Con respecto a esta afirmación Caillois plantea

No es posible trazar ni a grandes rasgos la historia de lo sagrado, ni analizar las formas que adopta en la civilización contemporánea. Todo lo más, señalaremos que se hace abstracto, interior, subjetivo, adhiriéndose menos a seres que a conceptos, me-nos al acto que a la intención, a las disposiciones espirituales que a la manifestación exterior. Esta evolución se halla evidentemente ligada a los fenómenos más amplios de la historia de la humanidad: la emancipación del in-dividuo, el desarrollo de su autonomía intelectual y moral, en fin, el progreso del ideal científico, es decir, de una actitud enemiga del misterio, que exige una desconfianza sistemática, una falta de respeto deliberada y que, considerándolo todo como objeto de conocimiento o como materia de experiencia, conduce a mirarlo todo como pro-fano y a tratarlo como tal\$ excepto quizás este encarnizado afán de conocer.⁴

⁴ CAILLOIS, Roger. El hombre y lo sagrado. Primera edición en español. México: Fondo de cultura económica, 1942. p. 154. Disponible en: <http://libroesoterico.com/biblioteca/ESPECIALES2/El-Hombre-y-Lo-Sagrado-Caillois-Roger.pdf>

De ese modo, se ha descrito brevemente las ideas que fundamentan los conceptos fiesta y carnaval estudiados, respectivamente, por Roger Caillois y Mijail Bajtin, quienes coinciden en que estas temporalidades proveen los medios y las licencias necesarias para realizar aquellas actividades que son coartadas por la vida profana, la presión de las clases sociales y las instituciones con sus corpus normativos, específicamente el Estado y la Iglesia.

Teniendo en cuenta estos conceptos ambiguos y complementarios que son lo profano y lo sagrado o el tiempo ordinario y el carnaval es posible entender la monotonía y el sinsentido planteados en *Los Almuerzos* 2001 de Evelio José Rosero Diago, sensaciones que se van gestando en el seno de una cotidianidad determinada en un grado casi absoluto por el trabajo y el sacrificio que éste representa, como los motores que impulsan la instauración del tiempo mítico y el caos a través de la fiesta para la renovación de la vida.

Es preciso entonces acercarse un poco más a la obra para entender cómo la monotonía y el sinsentido configuran el significado de la misma. *Los Almuerzos* narra el drama de un grupo de individuos que se instauran como comunidad en una parroquia y que rigen sus vidas por una normatividad, como ya se había planteado, determinada por la división del trabajo. Un drama marcado por la necesidad, la pobreza, la soledad, el desamparo y la marginalidad generada por aspectos como la avanzada edad, la grotesca apariencia física, la violencia de la sexualidad, el abuso y la corrupción. Condiciones que fijan una vida lóbrega, vacía y angustiante; una vida en la que la fiesta rompe con la linealidad del tiempo, irrumpe, violenta la norma y establece el rito como mecanismo de liberación del “yo” y de los deseos que se resguardan en lo más íntimo del ser; configurándose como espacio de transgresión, destrucción del orden existente y creación de un nuevo orden vital.

Así mismo, en la obra, cada personaje juega un papel fundamental en el crecimiento de la premisa anterior. El sacerdote Almida y el sacristán Machado, son los focos de la represión y el abuso y, por ende, los objetos que deben ser destruidos para que sean posibles la libertad y la felicidad; Tancredo y Sabina personifican lo animalesco e instintivo a través de la pasión y el juego erótico; las Liliás, esas tres ancianas místicas y misteriosas realizan las tareas domésticas y representan lo mágico, lo existencialista y el sinsentido de la vida a partir de su relación con los gatos; el misacantano, el padre Matamoros, es la mayor representación de la fiesta.

Finalmente, la vida y los miembros de esta comunidad sufren una profunda transformación; al inicio, la vida es vacía, oscura, sin sentido y tortuosa, al punto que en ocasiones, un eco salvaje y monstruoso se hace latente en la intimidad de los individuos y así aparece el miedo de diferentes formas: convertirse en animal, perder el sentido de la vida, no poder saciar el deseo de la carne, ser eternamente prisionero de la voluntad de otros.

Habiendo dicho lo anterior, es imprescindible plantear que se pretende analizar esta obra literaria a la luz de las reflexiones realizadas por Roger Caillois en *El hombre y lo sagrado* 1939 en relación con la vida humana desde dos ejes fundamentales:

lo profano y lo sagrado; en otras palabras: el miedo y el deseo, la calma y la efervescencia, el orden y el desorden o el nuevo orden, la prohibición y la transgresión, el trabajo y la fiesta; así mismo, se tendrán en cuenta los aportes de Mijail Bajtin en *Carnaval y Literatura* y en La cultura cómica de la edad media y el renacimiento sobre el carnaval y los principios que lo fundamentan como el contacto libre y familiar, la excentricidad, las desaveniencias y la profanación.

De otro modo, las reflexiones de Caillois permitirán que la obra *Los Almuerzos* sea estudiada desde diferentes categorías que se adscriben a lo profano o lo sagrado de acuerdo a la sensibilidad y a los actos humanos en los que se visibilizan. Lo profano se buscará en la descripción y análisis del carácter y las acciones de los personajes, la distribución y uso del espacio y el tiempo; en fin, la vida ordinaria y ordenada que se desarrolla en torno de los almuerzos de piedad, causa de la degradación de los personajes y su sentido existencial. Del otro polo, lo sagrado que se rastreará a partir de objetivos como la identificación de los seres sagrados y sus relaciones con los seres ordinarios, la existencia y puesta en escena de actos rituales y los diferentes matices de sensibilidad y emocionalidad que movilizan las fuerzas latentes de la angustia, la monotonía y el sinsentido, a la vez, que el miedo y el deseo. Del mismo modo, los aportes de Bajtin permitirán realizar una descripción del mundo de la obra, sus personajes y su sentido carnavalesco a partir de la interpretación del sinsentido, la monotonía, el desgaste de la energía vital de los personajes, la renovación y reordenamiento del mundo en contraste con la particularidad de cada personaje y la dualidad del mundo y la vida en relación con el tiempo ordinario y el carnaval.

En ese sentido, los objetivos que se persiguen son, como ya se había esbozado, examinar la novela *Los Almuerzos* de Evelio José Rosero Diago como una propuesta que dibuja un mundo donde la vida cotidiana está dedicada casi exclusivamente al trabajo, anulando la humanidad y la dignidad del hombre y su mundo sagrado, llevándolo a una existencia gris, lóbrega, de angustia y sin sentido; rastrear los elementos que en la obra simbolizan los valores y el significado de la ambigüedad de la vida humana: lo profano y lo sagrado en relación con la renovación y reordenamiento de mundo; describir cómo la experiencia vital de Rosero refleja su postura crítica frente a la moral y las relaciones que teje el hombre entre la fiesta y la vida útil.

Dichos objetivos se desarrollan al estructurar este trabajo monográfico con tres capítulos. El primero aborda los planteamientos teóricos de Roger Caillois y Mijail Bajtin en relación, como ya se dijo, de lo profano y lo sagrado y el tiempo ordinario y el carnaval; el segundo, es una interpretación de la obra a partir del sentido festivo y carnavalesco que se gesta en la monotonía, la angustia y el sinsentido de la vida profana o el tiempo ordinario de aquellos personajes que soportan la miseria de los almuerzos de piedad; finalmente, el tercero habla de la relación existente entre la obra y el contexto del autor, de la influencia de la experiencia vital en su trabajo creativo.

En síntesis, esta propuesta monográfica no es más que la inmersión de esta lectora en el mundo de *Los Almuerzos*, un mundo de pobreza, marginalidad, abuso, corrupción, angustia, monotonía y sin sentido y en esa vida gris de los personajes oprimidos y agotados, sedientos de la exuberancia y la efervescencia de la fiesta por la esterilidad, inmovilidad, carácter atónico y repetitivo de la serenidad y soledad del mundo profano, para indagar de qué manera en la obra se erige la fiesta como la mayor manifestación de lo sagrado, un tiempo en el que según Caillois⁵, la vida se crea, se mantiene y se renueva.

⁵ Ibíd., p. 13

1. MARCO TEÓRICO

El hombre como ser social necesita vivir en comunidad; su existencia y su convivencia son limitadas por un orden, en el caso del hombre moderno, éste está basado en un sistema ético y moral que a su vez está fundamentado en la prohibición y refiere que las sociedades están ordenadas jerárquicamente por unas relaciones de poder que determinan las formas de interacción entre los individuos que las componen, como se puede entender de la referencia de Alarcón sobre Geiger al plantear que “Para Geiger, la noción de sociedad humana equivale a la idea de que, en su existencia, los hombres se adaptan unos a otros jerárquicamente y dependen unos de otros; la especie humana tiende, irremisiblemente, a la existencia colectiva, y no cabe el aislamiento duradero.”⁶

Esa existencia colectiva se caracteriza por la presencia de actos que unas veces buscan el bien común y otras causan conflictos entre los individuos, pero que al final dependen unos de otros; razón por la cual es necesario limitar la manera en que se relacionan dichos sujetos, de lo cual Alarcón manifiesta que “En efecto, en la vida en comunidad se suceden las acciones sociales-acciones del individuo referentes a los demás- y las reacciones sociales -acciones de los demás causadas por la acción previa y dirigidas al individuo actuante. Ante ello, el individuo programa su conducta según piense que le responderán los demás, creando modelos de conducta.”⁷; al mismo respecto refiere a Geiger al afirmar que “El conjunto de implicaciones recíprocas entre los individuos que se producen como consecuencia de los modelos de conducta conforman, para Geiger, la coordinación de la conducta, que es la base del ordenamiento social.”⁸

Dicho así, el ordenamiento social expresa la necesidad de restringir ciertos actos que ponen en peligro la existencia colectiva. Todo lo que ponga en peligro ese orden está prohibido. De ese modo, la vida se vuelve tan monótona y agobiante que se va transformando en una bomba de tiempo, una que puede destruir el mundo y la vida en su totalidad. En otras palabras, en el día a día y en el seno de la opresión originada por la norma, la monotonía del trabajo, lo atónico de la vida ordinaria o profana, la individualidad y soledad del hombre moderno se gesta la angustia existencial y el sinsentido de la vida.

⁶ GEIGER, T.: Estudios de Sociología del Derecho, trad. cast. de Arturo Camacho, Guillermo Hirata y Ricardo Orozco, introducción de Paul Trappe, Fondo de Cultura Económica, México, 1983, p. 40, Citado por ALARCÓN CABRERA, Carlos. El derecho como tipo de ordenamiento social en Theodor Geiger. En: Anuario de Filosofía del Derecho. No.5 (1988); p. 225

⁷ ALARCÓN CABRERA, Carlos. El derecho como tipo de ordenamiento social en Theodor Geiger. En: Anuario de Filosofía del Derecho. No.5 (1988); p. 227

⁸ GEIGER. Op. Cit., p. 227.

De su parte, la Literatura al abordar la condición humana es la puerta a universos de imaginación, creatividad, fantasía y festividad, donde el hombre disfruta de la posibilidad de lo otro y la liberación del ojo patriarcal que lo juzga y controla como se puede afirmar de *Los Almuerzos* del escritor colombiano Evelio José Rosero Diago.

Ese universo festivo es la válvula de escape que libera la presión de la monotonía y el sinsentido que ahogan al hombre; es el tiempo en el que el mundo renueva su energía y se reordena para vivificar el sentido de la vida; en pocas palabras, la fiesta es espacio de otredad, transgresión y liberación.

Planteado lo anterior, lo profano y lo sagrado y el tiempo ordinario y el carnaval propuestos, respectivamente, por Roger Caillois y Mijail Bajtin, cobran importancia para este trabajo monográfico en la medida que lo profano o tiempo ordinario concede los elementos necesarios para entender cómo la vida útil, el tiempo del trabajo y las preocupaciones materiales generan en el hombre una vida gris, lóbrega, sin sentido y desacralizada que ahoga al hombre y le hace perder la esperanza. Del mismo modo, lo sagrado y el carnaval crean un ambiente sacro de transgresión, desenfreno y exceso, un ambiente de familiaridad, excentricidad, desaveniencias y profanación, valores opuestos al orden de la vida profana; en pocas palabras, una vida al revés que va en contra de todo lo establecido, pero que es lícito gracias a las licencias que concede el tiempo sacro. Y en conjunto, los planteamientos de ambos autores facilitan comprender la ambigüedad de la vida humana, cómo lo sacro y lo profano tejen el sentido de la misma y cómo el hombre se relaciona con estos dos tiempos.

En síntesis, la vida y el mundo son percibidos de una manera dual: lo serio y lo cómico, lo feo y lo bello, lo monótono y lo festivo, lo profano y lo sagrado; como se puede inferir de las ideas de Bajtin: “La dualidad en la percepción del mundo y la vida humana ya existían en el estadio anterior de la civilización primitiva. En el folklore de los pueblos primitivos se encuentra, paralelamente a los cultos serios (por su organización y su tono) la existencia de cultos cómicos, que convertían a las divinidades en objetos de burla y blasfemia («risa ritual»); paralelamente a los mitos serios, mitos cómicos e injuriosos; paralelamente a los héroes, sus sosias paródicos.”⁹.

Como ya se había dicho, los objetivos de este trabajo son explorar la obra desde los sentimientos de angustia y monotonía generados por el peso de la vida profana y la desacralización que aquella genera, rastrear los elementos que representan lo profano y lo sagrado en el mundo de la obra y sagrados; referir cómo la experiencia vital de Rosero refleja su postura crítica frente a la moral y la manera cómo se

⁹ BAJTIN, Mijail. La cultura cómica de la edad media y el renacimiento. El contexto de Francois Rabelais. Buenos Aires: Alianza, 1987. p. 6. Disponible en: <https://ayciunr.files.wordpress.com/2014/08/bajtin-mijail-la-cultura-popular-en-la-edad-media-y-el-renacimiento-rabelais.pdf>

relaciona el hombre con lo profano y lo sagrado. Dichos objetivos encontrarán fundamentos en algunos conceptos planteados por Roger Caillois en *El hombre y lo sagrado* y por Mijail Bajtin en *Carnaval y Literatura* y en *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*.

1.1. Lo profano y lo sagrado

Roger Caillois es un escritor, ensayista y antropólogo francés que con su obra *El hombre y lo sagrado* indaga las diferentes manifestaciones de lo sagrado en la cotidianidad del hombre y describe las relaciones de éste con lo sagrado en el marco de la fiesta y de conceptos como transgresión, prohibición, rito, desenfreno y exceso; abordando las realidades de distintas tribus, como las tribu de *Port-Mackay* y *Kurnai* de Australia o los Iroqueses o los *Cahuillas* de la California meridional, sin desbordarse del contexto y la cultura de las mismas: “Las descripciones se relacionan con hechos precisos, seleccionados entre los mejor establecidos y más característicos; pero, fuera de su contexto, del conjunto de creencias y de conductas de que forman parte y que les prestan su sentido, apenas son más que abstracciones.”¹⁰ A pesar de lo expresado, tales descripciones trascienden esos límites culturales y encuentran un carácter universal gracias a la relación de oposición y complementariedad existente entre lo profano y lo sagrado, conceptos que fundamentan y dinamizan la vida humana más allá de las creencias, cosmovisión o costumbres de cada comunidad o grupo social.

Dicho lo anterior, es necesario empezar afirmando que para Caillois, lo profano y lo sagrado son dos categorías opuestas y complementarias, dos tiempos o dos mundos en los que el hombre religioso cree: “uno donde puede actuar sin angustias ni zozobras, pero donde su actuación sólo compromete a su persona externa, y otro donde un sentimiento de dependencia íntima retiene, contiene y dirige todos sus impulsos y en el que se ve comprometido sin reservas.”¹¹ Entendiéndose la religiosidad no desde un dogma particular, sino desde la concepción de fiesta como ese tiempo sagrado en el que la vida se centra en la renovación y reordenamiento de mundo y por tanto no existen las prohibiciones, todo es lícito, la sensibilidad se desborda; priman el desenfreno, el exceso, la abundancia y la transgresión que afloran los más íntimos deseos del hombre en un tiempo donde se siente y no se piensa como se puede inferir de los planteamientos de Caillois: “Así, lo sagrado aparece como una categoría de la sensibilidad. Verdaderamente, es la categoría sobre la que descansa la actitud religiosa, la que le da su carácter específico, la que impone al fiel un particular sentimiento de respeto que inmuniza su fe contra el espíritu de libre examen, la sustrae a la polémica y la coloca fuera y más allá de la razón”.¹²

No hay espacio para dudar, cuestionar o señalar. El hombre durante el tiempo sagrado es un ser puramente sensible, no un ser de duda y razón. Lo sagrado está

¹⁰ Caillois. Op. Cit., p. 7-8

¹¹ Ibíd., p. 11

¹² Ibíd., p. 12

fuera del alcance de esta última y hasta representa una amenaza para todo aquel o aquello que tenga contacto con el mismo. Así lo afirma Caillois “En su forma primitiva, lo sagrado representa ante todo una energía peligrosa, incomprensible, difícilmente manejable, eminentemente eficaz.”.¹³

En otras palabras, la razón ha sido delegada al mundo profano, el mundo del orden, las normas, las prohibiciones y la individualidad. El hombre ya no está en comunión con los demás, sino consigo mismo y sus creencias; el orden del trabajo no le permite gastar su tiempo ni su energía en actividades que no sean útiles ni productivas. Tal modo de vida es el resultado de la mutación de lo sacro por la influencia y la fuerza del ideal científico, el carácter dubitativo del hombre y ese consumismo que lo amarra a una cotidianidad monótona y agobiante. En palabras de Caillois: “Las múltiples exigencias de la vida profana soportan cada vez menos que todos reserven simultáneamente a lo sagrado los mismos instantes. Por eso lo sagrado se fracciona, se convierte en asunto de un grupo especializado que celebra sus ritos en la soledad...Lo sagrado se hace íntimo y sólo interesa al alma. Se ve aumentar la importancia de la mística y disminuir la del culto.”¹⁴

A pesar de la monotonía y la esclavitud del tiempo profano, el hombre renace de las cenizas en las que se ha convertido y resplandece al albor de la fiesta, un tiempo de explosión intermitente, frenesí exaltante y exuberancia que se contagia de unos a otros y como plantea Caillois “...se agota en gritos y gestos que incitan a abandonarse sin traba a los impulsos más irreflexivos”.¹⁵

Un mundo profano donde se desenvuelve la mayor parte de la vida en un tiempo ordinario, un mundo ordenado por las prohibiciones que protegen y separan el mundo sagrado de éste, un mundo “libre” donde no hay precauciones ni temores que condicionen las relaciones entre los hombres y de estos con el mundo como lo expresa Caillois: “En resumen, tras esta breve descripción preliminar, el dominio de lo profano se presenta como el del uso común, el de los gestos que no necesitan precaución alguna y que se mantienen en el margen, a menudo estrecho, que se le deja al hombre para ejercer sin restricción su actividad.”¹⁶

Un mundo de tanta calma y sosiego que la vida se convierte en una melodía insípida y aletargante que va entumeciendo el sentir y el pensar de los hombres; va transformando el deseo y la energía creadora en una bomba de tiempo, una que estalla en la fiesta, interrumpe la cadencia del tiempo, recrea el orden del mundo, renueva la sensibilidad del hombre y lo eleva a la plenitud de la vida, esa que le permitirá afrontar ese nuevo ciclo de vida, ese nuevo orden de mundo que como cualquier ser vivo envejecerá y morirá por el carácter atónico de la existencia en ese mundo profano.

¹³ Ibíd. p. 15

¹⁴ Ibíd. p. 151-152

¹⁵ Ibíd. p. 110

¹⁶ Ibíd. p. 18

Esa oposición y dependencia entre lo sagrado y lo profano se puede deducir de las ideas de Caillois: "Por otra parte, los dos son necesarios para el desarrollo de la vida: el uno como medio en que ésta se desenvuelve, el otro como fuente inagotable que la crea, la mantiene y la renueva."¹⁷

Del otro lado, el mundo sagrado, el mundo de la fiesta, la fuente inagotable que crea y renueva la vida. Lo sagrado se configura como esas fuerzas que se manifiestan en el mundo profano para crear y renovar la vida, es el volver del caos, del tiempo mítico como lo propone Caillois "la fiesta vuelve a traer el tiempo de la licencia creadora, el que precede y engendra el orden, la forma y la prohibición (las tres nociones están unidas y se oponen juntas a la del Caos)."¹⁸.

Lo sagrado se encuentra en determinados seres, objetos, lugares o tiempos, sin embargo, el carácter sacro puede posarse sobre cualquiera de estas categorías, así lo manifiesta Caillois:

Lo sagrado pertenece como una propiedad estable o efímera a ciertas cosas (los instrumentos del culto), a ciertos seres (el rey, el sacerdote), a ciertos lugares (el templo, la iglesia, el sagrario), a determinados tiempos (el domingo, el día de pascua, el de navidad, etc.). No existe nada que no pueda convertirse en sede de lo sagrado, revistiendo así a los ojos del individuo o de la colectividad un prestigio inigualable. No hay tampoco nada que no pueda ser despojado de ese privilegio. Es una cualidad que las cosas no poseen por sí mismas, y que una gracia mística les concede.¹⁹

Como ya se había expresado anteriormente, lo sagrado puede ser peligroso, sin embargo, despierta tanto terror como deseo, en palabras de Caillois: "El ser u objeto consagrado... Suscita sentimientos de terror y veneración, se presenta como algo prohibido. Su contacto se hace peligroso."²⁰.

Así como la vida cotidiana y el tiempo ordinario son la morada de lo profano, la fiesta es el reino de lo sagrado. Éste es el opuesto del mundo profano; en la fiesta el tiempo y la vida se consagran a lo divino: se prohíbe el trabajo, la vida es en común, las reglas se suspenden y se recomiendan las licencias; también el regocijo, la alegría, los excesos, el desenfreno y demás sentimientos y actitudes propios de la fiesta estremecen el alma del hombre, lo desentumecen de la monótona existencia; traen al presente, el tiempo mítico, el caos y la renovación de la vida. Es entonces la fiesta, el periodo sagrado de la vida social, el tiempo de las emociones intensas y de la metamorfosis del ser, el tiempo de la efervescencia, la agitación desordenada, la exuberancia y, como ya se había expresado, del desenfreno y los excesos.

A fin de cuentas, Caillois describe en su obra cómo la vida del hombre, al igual que lo sagrado, es ambigua. De un lado lo profano y del otro lo sagrado: el miedo y el

¹⁷ *Ibíd.*, p. 14

¹⁸ *Ibíd.*, p. 127

¹⁹ *Ibíd.*, p. 12-13

²⁰ *Ibíd.*, p. 13

deseo, la calma y la efervescencia, el orden y el desorden o el nuevo orden, la prohibición y la transgresión, el trabajo y la fiesta.

1.1.1. Prohibición y transgresión

Aunque se ha dicho que la prohibición es la base del sistema moral y ético que ordena la sociedad, la prohibición no se justifica por ninguna consideración de carácter moral, sino porque constituye la ley que ordena el mundo y mantiene el bienestar de éste; así lo expone las ideas de Caillois

Las prohibiciones, por el contrario, alzan entre ellos la no menos indispensable barrera que, aislándolos, los preserva de la catástrofe. Estas prohibiciones se designan generalmente con el nombre polinesio de tabú... El tabú se presenta como un imperativo categórico negativo. Consiste siempre en una prohibición, nunca en una prescripción. No está justificado por ninguna consideración de carácter moral. No debe infringirse por la única razón de que es la ley y que define de manera absoluta lo que está permitido y lo que no lo está. Se halla destinado a mantener la integridad del mundo organizado y al mismo tiempo la buena salud física y moral del ser que lo observa.²¹

La prohibición entonces se instaure como una barrera que separa lo profano de lo sagrado para “preservar de todo atentado sacrilego al orden instituido”²²; es decir, las prohibiciones “...circunscriben en la vida del hombre la parte de lo sagrado y limitan la extensión de su actividad libre o profana”²³.

Como oposición a la prohibición, aparece la transgresión o el quebrantamiento de aquella para reordenar o cambiar el orden del mundo, para renovar ese mundo que se desmorona por el desgaste del trabajo y la falta de emociones de la vida profana. Ese carácter renovador de la transgresión constituye un delito, un ataque al orden establecido y por tanto el transgresor es sacrilego y hasta inexpiable como se entiende de las ideas de Caillois: “Se les atribuye paralelamente las transgresiones del orden político o religioso; se ha visto, en efecto, considerar al traidor, al sacrilego, al regicida, como impuros inexpiables. Y es que atacan a la cohesión social, la ponen en entredicho, tienden a destruirla.”²⁴; también: “...esas transgresiones no dejan de constituir sacrilegios. Atacan las normas que regían la víspera y que están destinadas a ser de nuevo mañana las más santas e inviolables. Son verdaderamente sacrilegios mayores.”²⁵

No obstante, durante la fiesta la transgresión está permitida, es el sentido natural de este tiempo y por tanto la violencia de los actos transgresivos se difumina en el albor de la permisividad de la fiesta; así lo propone Caillois: “Este entreto de confusión universal constituido por la fiesta aparece así realmente como la duración de la sus-pensión del orden del mundo. Por eso se permiten entonces todos los

²¹ Ibíd., p. 17

²² Ibíd., p. 62

²³ Ibíd., p. 94

²⁴ Ibíd., p. 56

²⁵ Ibíd., p. 130

excesos. Lo importante es obrar en contra de las normas. Todo debe efectuarse al revés.”²⁶.

Así, para Caillois la fiesta es la transgresión por excelencia, pero una transgresión sagrada como lo propone el título del capítulo IV de su obra *El hombre y lo Sagrado*; una que propende por la renovación de la vida, la transformación del ser y el reordenamiento del mundo durante el tiempo de la fiesta. Es un momento vital en el que los hombres fluyen al ritmo de los excesos, al unísono con la alegría y la exaltación que se desborda y contagia por el afán de desentumecerse y despertar a la verdadera vida. Es así como durante la fiesta las reglas se suspenden, se recomiendan las licencias, los hombres vuelven a ser verdadera comunidad y se proyectan por encima de la moral establecida; la efervescencia, el desorden, la exuberancia, la agitación y los excesos despiertan los más íntimos y recónditos deseos. En pocas palabras, la fiesta es la puerta a la sensibilidad en pleno del hombre.

1.1.2. Desenfreno y exceso

De la misma manera, se concibe el exceso como la ley de la fiesta. Ya el hombre se ha desgastado lo suficiente con las vanas preocupaciones de la vida profana, las necesidades del cuerpo y los actos para economizar o acumular determinados bienes; es la fiesta el tiempo de la prodigalidad y la fecundidad que renuevan la vida y eliminan todos los desechos emocionales que contaminan y destruyen la vitalidad del hombre. Así, es el exceso la posibilidad de vivir sin límites ni medidas; la energía creadora y recreadora se libera y desborda la plana sensibilidad de la vida profana, haciendo de los actos humanos, actos que se consuman indefinidamente con la misma vivacidad cada vez y que despiertan al hombre de ese letargo y aburrimiento bajo los que vive durante el tiempo profano.

Para Caillois el exceso es remedio del desgaste y “...no se limita a acompañar la fiesta de un modo constante. No es un simple epifenómeno de la agitación que aquélla desarrolla. Es necesario para el buen éxito de las ceremonias celebradas, participa de su santa virtud y contribuye como ellas a renovar la sociedad o la naturaleza.”²⁷.

En tanto, el desenfreno representa una vida libre, sin normas ni prohibiciones; todo está permitido, siempre y cuando vaya en contra de la corriente de la vida profana; igualmente, permite que el tiempo mítico, el caos creador, vuelva al presente del hombre para renovar su vida y reordenar el mundo. Así, es necesario actuar en contra de las normas establecidas, efectuar todo al revés; como lo manifiesta las ideas de Caillois:

En esas circunstancias dos razones concurren para recomendar el desenfreno y la locura. Para estar más seguro de encontrar nuevamente las condiciones de existencia del pasado mítico, hay que ingeniarse en hacer lo contrario de lo que se

²⁶ *Ibíd.*, p. 130

²⁷ *Ibíd.*, p. 114

hace habitualmente. Por otra parte, toda exuberancia manifiesta un suplemento de vigor que sólo puede traer abundancia y prosperidad en la renovación esperada. Una y otra causa conducen a infringir las prohibiciones y a rebasar la medida, a aprovechar la suspensión del orden cósmico para contrariar la regla cuando ésta prohíbe, para abusar sin tasa cuando permite.²⁸

En resumen, la función del desenfreno para Caillois es rejuvenecer al mundo y estimular las fuerzas vivificadoras de la naturaleza y el exceso y la función de éste es despertar al hombre del letargo de la vida profana, renovándolo con la energía creadora y recreadora de la fiesta.

1.1.3. La fiesta ritual

Como se ha dicho anteriormente, la fiesta es el tiempo sacro, el tiempo de las licencias, el mundo al revés, el exceso, el desenfreno, la transgresión y los ritos. Éstos últimos cobran gran importancia en las relaciones entre el hombre y lo sagrado, entre los mundos profano y sagrado, ya que un contacto libre entre ellos podría causar su destrucción. En ese sentido, la fiesta es ritual; durante el tiempo festivo se desarrollan diversos tipos de ritos que propenden por el éxito en la renovación y reordenamiento del mundo, pero también por la preservación de los mundos profano y sagrado. De allí la importancia de los ritos, pues de acuerdo a Caillois son ellos "...los medios que las aseguran prácticamente."²⁹

Como ya lo ha advertido Caillois lo profano y lo sagrado deben conservar sus límites a fin de preservar su existencia y aunque opuestos también son complementarios y por eso siempre está latente el riesgo de contagio y destrucción: "Por una parte, la contagiosidad de lo sagrado lo impulsa a derramarse instantáneamente sobre lo profano corriendo así el riesgo de destruirlo y de perderse sin provecho; por otra, lo profano necesita siempre de lo sagrado y se ve empujado a apoderarse de ello con avidez a trueque de degradarlo y de aniquilarse a sí mismo. Por eso deben reglamentarse severamente sus mutuas relaciones. Esa es, justamente, la función de los ritos."³⁰

Los ritos entonces son los actos o formas de proceder que determinan la manera en que el hombre se relaciona con lo sagrado y preservan al hombre y al mundo del carácter nefasto que podría tener las consecuencias de la interacción entre lo profano y lo sagrado. En tanto, los ritos pueden ser de dos clases de acuerdo a la función que cumplan: positivos si facilitan el transitar entre el mundo profano y el sagrado de un ser u objeto o negativos si mantienen a cada mundo dentro de sus límites; en palabras de Caillois: "Unos, de carácter positivo, sirven para transmutar la naturaleza de lo profano o de lo sagrado según las necesidades de la sociedad; otros, de carácter negativo, tienen por objeto mantener al uno y al otro dentro de su ser respectivo, por miedo de que provoquen recíprocamente su ruina entrando en

²⁸ Ibid., p. 130

²⁹ Ibid., p. 12

³⁰ Ibid., p. 16

contacto en sazón inoportuna.”³¹. Igualmente, los ritos positivos pueden ser de consagración o expiación tal como los clasifica Caillois: “Los primeros comprenden los ritos de consagración que introducen a un ser o a una cosa en el mundo de lo sagrado, y los ritos de execración o de expiación que, a la inversa, devuelven una persona o un objeto puro o impuro al mundo profano”³²

En esa medida y como ya se manifestó, la fiesta debe ser ritual, pues la fiesta, como lo plantea Caillois, moviliza una energía peligrosa e incomprensible³³ y por ello el hombre no puede arriesgarse a ser destruido por la misma; debe dejar que el rito cumpla su función para preservar la vida y alcanzar el éxito en su búsqueda recreadora y renovadora del orden de mundo.

1.2. El carnaval

Mijail Bajtin (1971) define el carnaval como “conjunto de diversas festividades, de ritos y de formas de tipo carnalesca”³⁴ o “forma de espectáculo sincrético de carácter ritual”³⁵ y la carnavalización como “la influencia determinante del carnaval sobre la literatura y los diferentes géneros literarios”³⁶. En este sentido, tal influencia constituye la presencia de imágenes artísticas carnalescas en las obras literarias, según se puede entender de los planteamientos de Bajtin. Esas manifestaciones carnalescas hacen parte de lo que se ha denominado como la Cultura cómica popular de la Edad Media y el Renacimiento, tiempos en los que la perfección de las imágenes y el tono serio y religioso de la vida se alejan de ese mundo de lo incompleto que plantea lo grotesco; ello en palabras de Bajtin:

El mundo infinito de las formas y manifestaciones de la risa se oponía a la cultura oficial, al tono serio, religioso y feudal de la época. Dentro de su diversidad, estas formas y manifestaciones —las fiestas públicas carnalescas, los ritos y cultos cómicos, los bufones y «bobos», gigantes, enanos y monstruos, payasos de diversos estilos y categorías, la literatura paródica, vasta y multiforme, etc., poseen una unidad de estilo y constituyen partes y zonas únicas e indivisibles de la cultura cómica popular, principalmente de la cultura carnalesca.³⁷

Podría entenderse entonces el carnaval como un tiempo de renovación, libertad y liberación en el marco de una vida al revés; una vida en la que todos participan, pues según Bajtin:

...el carnaval está hecho para todo el pueblo. Durante el carnaval no hay otra vida que la del carnaval. Es imposible escapar, porque el carnaval no tiene ninguna frontera espacial. En el curso de la fiesta sólo puede vivirse de acuerdo a sus leyes, es decir de acuerdo a las leyes de la libertad. El carnaval posee un carácter universal,

³¹ *Ibíd.*, p. 16

³² *Ibíd.*, p. 16

³³ *Ibíd.*, p. 15

³⁴ BAJTIN, Mijail. Carnaval y Literatura. En: *Eco*. No.129 (Ene. 1971); p. 311

³⁵ *Ibíd.*, p. 311

³⁶ *Ibíd.*, p. 311

³⁷ Bajtin. *Op. Cit.*, p. 4

es un estado peculiar del mundo: su renacimiento y su renovación en los que cada individuo participa. Esta es la esencia misma del carnaval, y los que intervienen en el regocijo lo experimentan vivamente.³⁸

y la carnavalización como esa corriente de imágenes que fluyen en las obras regidas por la desaparición de las jerarquías, las normas y la fuerza de otros aspectos carnalescos como la profanación, el sacrilegio, la entronización-desentronización, el aspecto hiperbólico, la ruptura de la linealidad y la dinámica del día a día y un ambiente de familiaridad. En consecuencia, de acuerdo a lo propuesto por Bajtin podría decirse que “todo límite se difumina y los opuestos, lo sagrado y lo profano, se mezclan o amalgaman en el carnaval o en el texto literario carnavalizado”³⁹

De esta manera se gesta una percepción carnalesca del mundo, apoyada en cuatro categorías: contacto libre y familiar, excentricidad, desaveniencias y profanación; las cuales permiten que las personas se aproximen e interactúen en un ambiente de familiaridad y libertad, sin las barreras que los hombres han erigido para ordenar y jerarquizar el mundo.

La primera permite que las jerarquías pierdan vigencia en las relaciones humanas; los hombres ya no están separados por edad, sexo, estrato socioeconómico ni ningún aspecto que genere desigualdad entre ellos e interactúan de una manera “semireal y semiactuada”⁴⁰, como lo manifiesta Bajtin, pues después del carnaval todo vuelve a la normalidad. Según Bajtin “Las leyes, las prohibiciones, las restricciones que determinan la estructura, el buen desarrollo de la vida normal (no carnalesca) están suspendidas durante el tiempo del carnaval...Quedan abolidas también todas las distancias entre los hombres para reemplazarlos por una actitud carnalesca especial: un contacto libre y familiar.”⁴¹; también para Bajtin: “...el carnaval era el triunfo de una especie de liberación transitoria, más allá de la órbita de la concepción dominante, la abolición provisional de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes.”⁴².

Unida a la familiaridad, la excentricidad juega en pro de esas relaciones familiares, pues “permite abrirse (y expresarse en una forma concreta) a todo cuanto está normalmente reprimido en el hombre”⁴³; se libera de las cadenas normativas y las prohibiciones para vivir “al revés”⁴⁴, para hacer todo lo que le ha sido prohibido. Así mismo, las desaveniencias que son la aproximación o reunión de los opuestos: lo feo y lo bello, lo culto y lo popular, lo profano y lo sagrado, como lo expone Bajtin “El carnaval aproxima, reúne, casa, amalgama lo sagrado y lo profano. Lo alto y lo bajo, lo sublime y lo insignificante, la sabiduría y la tontería, etc.”⁴⁵, contribuyen al

³⁸ *Ibíd.*, p. 7

³⁹ Bajtin. *Op. Cit.*, p.313.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 313

⁴¹ *Ibíd.*, p.312-313

⁴² Bajtin. *Op. Cit.*, p. 9

⁴³ Bajtin. *Op. Cit.*, p. 313

⁴⁴ *Ibíd.*, p.312

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 313-314

enriquecimiento de ese ambiente libre y familiar en el que todos se hacen iguales al calor del carnaval.

Igualmente, ese **mundo o vida al revés** que propone Bajtin “*monde a l’envers*”⁴⁶ del carnaval abre las puertas a la profanación; en palabras de Bajtin “...los sacrilegios, todo un sistema de envilecimiento y de burlas carnavalescas, las inconveniencias relativas a las fuerzas genésicas de la tierra y del cuerpo, las parodias de los textos y de las palabras sagradas”⁴⁷.

En tanto, si la carnavalización se define como “la influencia determinante del carnaval sobre la literatura y los diferentes géneros literarios”⁴⁸, es posible identificar en la novela mencionada esas características nombradas por Bajtin y la manera como Rosero parodia algunas conductas de las instituciones del poder colombiano, puesto que “ciertas formas carnavalescas son una verdadera parodia del culto religioso.”⁴⁹.

Por último, “el carnaval es la fiesta del tiempo destructor y regenerador”⁵⁰ de un mundo, una sensibilidad y un hombre que se desgasta y envejece en el día a día de la vida corriente de una sociedad clasista que se preocupa demasiado por lo material, pero como dice Bajtin: “un «principio material» falsificado y rutinario que preside la vida de la sociedad clasista.”⁵¹.

Lo anterior, recuerda que para Mijail Bajtin la dualidad en la percepción del mundo y la vida, ya existía en el estado anterior; “en el folklore de los pueblos primitivos, se encontraban cultos serios (por su organización y su tono), y a la par existían además cultos cómicos, que convertían a las divinidades en objetos de burla y blasfemia «risa ritual»⁵². Es decir, desde tiempos de antaño el carnaval ha estado presente en la sociedad, sin embargo, es necesario aclarar que sus manifestaciones han cambiado dependiendo de las normas o los intereses de la comunidad en la que ha existido.

En ese sentido, Rosero pone en tela de juicio la realidad a partir de los ritos y personajes de esta obra literaria y Bajtin afirma que los ritos “Ofrecían una visión del mundo, del hombre y de las relaciones humanas totalmente diferente, deliberadamente no-oficial, exterior a la Iglesia y al Estado; parecían haber construido, al lado del mundo oficial, un segundo mundo y una segunda vida a la que los hombres de la Edad Media pertenecían en una proporción mayor o menor

⁴⁶ Ibíd. p. 312

⁴⁷ Ibíd., p. 314

⁴⁸ Ibíd., p. 311

⁴⁹ Bajtin. Op. Cit., p. 6

⁵⁰ Bajtin. Op. Cit., p. 315

⁵¹ Bajtin. Op. Cit., p. 21

⁵² Ibíd. P. 6

y en la que vivían en fechas determinadas. Esto creaba una especie de dualidad del mundo”⁵³.

La vida humana se regía entonces por los valores de cada una de esas dimensiones del mundo; en el mundo oficial por las normas y durante el carnaval por la libertad, una que pretendía el renacimiento y la renovación del mundo como lo propone Bajtin “Durante el carnaval no hay otra vida que la del carnaval. Es imposible escapar, porque el carnaval no tiene ninguna frontera espacial. En el curso de la fiesta sólo puede vivirse de acuerdo a sus leyes, es decir de acuerdo a las leyes de la libertad. El carnaval posee un carácter universal, es un estado peculiar del mundo: su renacimiento y su renovación en los que cada individuo participa”⁵⁴.

En otras palabras, ese mundo convulsionado por normas, tabúes y paradigmas se desgasta y envejece rápidamente, sin embargo, cuando llega el carnaval ese declive emocional desaparece y el mundo renace de las cenizas como el fénix, es el carnaval “...la fiesta del tiempo destructor y regenerador”⁵⁵. Los que viven el carnaval son libres: no se rigen por reglas, no se ruborizan por tabúes, no limitan la explosión de sus deseos ni sus sueños se reprimen. Para Bajtin: “...el carnaval era el triunfo de una especie de liberación transitoria”⁵⁶, que relegaba las normas, conductas y deberes; determinando una vida excéntrica, sin cadenas normativas ni prohibiciones, una vida “al revés”⁵⁷ como ya se había mencionado, esa que le permite al mundo renacer y renovarse al calor del carnaval.

En pocas palabras, se puede decir que las ideas de Caillois encuentran respaldo y similitud con las de Bajtin, en la medida que ambos definen el tiempo de la fiesta y el carnaval, correspondientemente, como momentos vitales que se desprenden del tiempo ordinario para que el hombre renueve sus energías, se transforme y haga lo mismo con su mundo, ese que se envejece y degrada con el paso del tiempo, con lo circular y monótono de la vida profana y sus valores utilitaristas. También, ambos autores, proponen elementos como la transgresión, las licencias, un mundo al revés y los excesos para definir y describir el tiempo sagrado.

⁵³ *Ibíd.*, p. 5

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 7

⁵⁵ Bajtin. *Op. Cit.*, p. 315

⁵⁶ Bajtin. *Op. Cit.*, p. 9

⁵⁷ Bajtin. *Op. Cit.*, p. 312

2. LO PROFANO Y LO SAGRADO

2.1. La fiesta

2.1.1. Rito

La humanidad navega entre lo sagrado y lo profano, pero teme que las fuerzas de dichos mundos se mezclen y causen desgracias. El contacto entre uno y otro podría causar la destrucción de ambos y del sentido de la vida misma, así como lo plantea Caillois “Por una parte, la contagiosidad de lo sagrado lo impulsa a derramarse instantáneamente sobre lo profano, corriendo así el riesgo de destruirlo y de perderse sin provecho; por otra, lo profano necesita siempre de lo sagrado y se ve empujado a apoderarse de ello con avidez a trueque de degradarlo y de aniquilarse a sí mismo.”⁵⁸

No es posible pretender la vida humana, como la conocemos, solamente en uno de esos mundos; el desgaste o la agonía serían totales; no habría equilibrio y lo sagrado o lo profano se apoderaría de la existencia. Las emociones explosivas, los excesos, el desenfreno y la transgresión no tendrían cabida en el nuevo orden de mundo, pues estos son inherentes al tiempo festivo y se desencadenan por la monotonía y la angustia de la vida útil, la vida profana; en otras palabras, aquellas son posibles por la ambigüedad de la vida humana. Por ello, el hombre creó los ritos, esas ceremonias que reglamentan y aseguran las relaciones entre esos mundos opuestos y recíprocos, lo sagrado y lo profano.

Sin embargo, en *Los Almuerzos*, los ritos permiten que lo sagrado se derrame sobre el mundo profano y lo destruya. En otras palabras, los ritos salvaguardan la institución de lo sagrado como única temporalidad en la vida de las Lillas, Sabina, Tancredo y el padre Matamoros y contienen la peligrosa energía inherente a lo sacro para posibilitar la destrucción del tiempo profano y la protección de aquellos seres impuros que han movilizado la energía renovadora y recreadora del tiempo mítico, el tiempo sagrado. Ejemplo de esta afirmación es la muerte de Almida y Machado, un acto de lesa majestad que es purificado por el sacrificio de los gatos en la fuente. Destrucción, que en pocas palabras, da paso a la paz y el regocijo que encuentran los habitantes de la parroquia en esa eterna fiesta instaurada por el padre Matamoros.

Dicho así, en *Los Almuerzos*, los ritos juegan un papel importante para recrear el orden de mundo, del mundo parroquial en el que se desarrolla esta obra trágica; a la vez, para proteger y mantener ese nuevo orden instituido con la muerte de Almida y Machado. Podría entonces decirse que los ritos de mayor importancia dentro de la obra son los almuerzos de piedad, el sacrificio de los gatos, la misa cantada del padre Matamoros y las relaciones sexuales entre Sabina y Tancredo.

⁵⁸ CAILLOIS, Op. Cit., p. 16

En primer lugar, los almuerzos de piedad son un proyecto del padre Almida para visibilizar ante Don Justiniano, un personaje misterioso y de dudosa reputación, los usos que se le dan a sus aportes para las obras de la Parroquia, no obstante, el verdadero sentido y propósito de estos almuerzos es fortalecer el orden que el sacerdote ha establecido, un orden basado en la necesidad, la miseria, el hambre, la ambición y la corrupción. En ese sentido, los almuerzos de piedad son un rito negativo, pues buscan mantener lo sagrado y lo profano en su lugar correspondiente.

Las Liliás y Tancredo, los verdaderos autores y ejecutores de los almuerzos de piedad son la mayor representación de la vida profana y Almida, es la personificación de lo sagrado, gracias a su investidura religiosa y a su figurada generosidad. De ese modo, los almuerzos de piedad son el mecanismo para definir los límites entre lo sagrado y lo profano, para determinar las obligaciones y funciones de cada uno en ese proyecto y en ese orden de mundo y para mantener a cada uno dentro del espacio que le corresponde.

Como se dijo anteriormente, ese orden de mundo está basado en la necesidad, la miseria y sus facetas, la ambición y corrupción. Muestra de ello es la historia de vida de las Liliás y la manera en que llegaron a la Parroquia.

—Paisanas, padre.

—Éramos comadres.

Las voces de las Liliás se erguían en la noche igual que murmullos afligidos, idénticos; presurosos. Querían hablar al tiempo, decir las mismas cosas.

—Éramos cocineras, y todavía seguimos siéndolo

— ¿Y la familia? ¿Dónde están sus familias?

—A nuestros maridos los mataron el mismo día en el pueblo, y no se supo quiénes los mataron...Pero mataron a todos los hombres, al fin. Y eran muchos. Quedamos solamente las mujeres, porque a los niños también se los llevaron...Gracias a la infinita misericordia del Señor dimos con el padre Almida, que acababa de asumir la iglesia de Ricaurte. Nos salvamos de llorar aquí y allá. ...Pero Dios es grande, Dios es Dios; el reverendo padre Juan Pablo Almida apareció, y por eso Dios bendiga al padre Almida...⁵⁹

Esas mujeres fueron víctimas de la violencia y la lucha armada y ahora lo eran de la vejez, el trabajo excesivo, el abuso y la falta de piedad del padre Almida. No podían escapar de ese destino que les había forjado la guerra, una vida solitaria y miserable que las sumergía en la esclavitud y la humillación por un bocado de migajas y un techo donde refugiarse de las inclemencias de la pobreza y la orfandad.

⁵⁹ ROSERO DIAGO, Evelio José. Los Almuerzos. Medellín: Universidad de Antioquia, 2001. p.54

Al igual que las Liliás, Tancredo también era víctima de la orfandad. Desde niño vivía en la Parroquia y era cuidado por las Liliás; desde el inicio, su vida fue destinada al servicio de Dios y por tanto del padre Almida: fue monaguillo hasta que el asco y el miedo que causaba su joroba a los feligreses se lo permitió, acompañaba a las Liliás al mercado, ayudaba a cargar las bolsas y realizaba otros oficios domésticos; también participaba de jornadas de estudio religioso con el padre Almida para que algún día, no se sabía cuándo, pudiera ir a la universidad y preparase en el campo teológico.

Más con la llegada de los almuerzos de piedad el proyecto universitario de Tancredo se frustró y se reafirmó su condición de utilidad y servidumbre. Era Tancredo el encargado de buscar los comensales para esos almuerzos y atenderlos, limpiar y dejar reluciente el comedor y, su peor tarea, atender a los ancianos y encargarse de ellos cuando se morían en la parroquia durante el almuerzo o mientras lo esperaban. El fastidio por la mezcla de vejez y miseria era tal, que Tancredo tenía un miedo horrible de ser un animal; temía perder la razón y destruir todo. Entonces podría decirse que los almuerzos de piedad, sobre todo los de los jueves de viejos, exigían tal dedicación y energía que al final de la jornada, Tancredo sólo deseaba huir de su miedo, ese miedo que le causaban esos viejos que ya parecían muertos.

En el otro extremo, el de lo sagrado, el padre Almida se encargaba de recibir y administrar los recursos otorgados por Don Justiniano, vigilar y seguir el buen desarrollo de los almuerzos de piedad. Con éstos, el religioso reafirmaba su poder, ese que le había concedido Dios para guiar a sus ovejas descarriadas; fortaleciéndose también su espejismo de amor, piedad, misericordia y generosidad para con los más necesitados.

Como muestra de este carácter sagrado y de acuerdo con lo expuesto anteriormente, las Liliás vivían eternamente agradecidas con el padre Almida por haberlas rescatado de la orfandad en la que las había dejado la guerra, sobre todo la más pequeña de ellas, que más que agradecer parecía venerarlo, así como lo muestra este fragmento “Es la más pequeña de las Liliás: temblando de frío en mitad de la puerta se limpia las manos en el delantal y suspira con fuerza. Todo lo que tenga que ver con el padre la emociona, incluso la hace trastabillar; es solícita hasta el paroxismo; sus ojos brillan como de espanto...”⁶⁰

Descrito así, se concluye que los almuerzos de piedad se convirtieron en el motor del funcionamiento de la parroquia. El sentido de ésta se enraizó en aquellos almuerzos que eran posibles gracias a los generosos aportes de don Justiniano. La parroquia funcionaba menos como espacio sagrado y de congregación de las personas que necesitaban renovar su energía vital y más como la bota sin fondo donde llegaba la limosna de aquel benefactor. Sin esos míseros almuerzos de piedad Almida y Machado no hubieran podido sostener esa parroquia donde ya no existía el tiempo sacro, ni siquiera resonaba la voz del órgano y el valor fundamental

⁶⁰ Ibíd., p. 6

era el dinero. Igualmente, los almuerzos de piedad tejían el sentido de la vida dentro de la parroquia, las cadenas de Tancredo y las Liliás y la aureola de Almida. En otras palabras, son los almuerzos de piedad el rito que cada día ata con mayor fuerza a Tancredo y las Liliás a ese mundo útil y eleva a Almida a lo sacro; haciéndose cada vez más infranqueable el abismo que separa lo profano y lo útil.

En segundo lugar, se encuentra un rito de expiación: el sacrificio de los gatos, símbolo del envenenamiento del padre Almida y el sacristán Machado. Las Liliás siempre habían vivido en la Parroquia rodeadas de gatos y todos habían recibido nombres de Papas: “Benedicto, Calixto y Honorio... Aniceto y Seferino... Simplicio...Inocencio, Tera, Bonifacio y León...”⁶¹; fenómeno que representaba el respeto y la veneración que ellas sentían por las figuras sagradas, pero también el desencanto y la tortura que podían avivar en ellas: “—Sí, padre. Una manera de expresar el amor que les tenemos a los santos y apóstoles y consagrados representantes de Dios en la tierra es dándoles sus nombres a nuestros animalitos, los más queridos... y, sin embargo, una debe padecer de vez en cuando por sus ingratitudes de gato, fíjese, este que dijimos que es el diablo nos enferma a disgustos, nos hace trizas las almas.”⁶²

Desencanto, angustia y agobio que eran causados por el padre Almida. Desde que habían sido creados los almuerzos de piedad sus vidas se habían sumido en la monotonía y el sinsentido propios de la vida profana: “Los lamentos aumentaron de tres años para acá, cuando empezaron los Almuerzos de Piedad; en cualquier lugar acorralaban al jorobado y suplicaban que intercediera por ellas ante Almida; ellas habían empezado a morir, decían, a enfermarse de la peor manera, cansancio y aburrimiento por lo mismo.”⁶³

El padre Almida y el gato con el mismo nombre que lo figura, son la expresión de esos sentimientos ambiguos que despiertan ante lo sagrado: veneración y temor. Lo sagrado cuenta, según Caillois, con un prestigio inigualable y suscita un “sentimiento de respeto que inmuniza su fe contra el espíritu de libre examen, la sustrae a la polémica y la coloca fuera y más allá de la razón.”⁶⁴. Por ello, aunque las Liliás, Tancredo y Sabina conozcan los actos corruptos del padre Almida y el sacristán Machado se abstienen de ejecutar cualquier acto sacrílego en contra de ellos. Lo sagrado constituye un conjunto de fuerzas peligrosas y ajenas al hombre profano, un hombre que no tiene la potestad ni el poder para controlarlas, por lo que su intromisión en la dinámica de ese mundo sagrado podría causar desgracias y destrucción en el mundo profano.

No obstante, la angustia, la monotonía, el sinsentido, el aburrimiento, en fin, la muerte en vida, gestan en las Liliás una energía creadora tan poderosa que las convierte en verdugos del padre Almida y el sacristán Machado, un sacrificio

⁶¹ *Ibíd.*, p. 63

⁶² *Ibíd.*, p. 63

⁶³ *Ibíd.*, p. 57

⁶⁴ CAILLOIS, Op. Cit., p. 11

necesario para poder ordenar el mundo de un modo diferente. Este rito es también consecuencia de la llegada del padre Matamoros, un hombre igual de desafortunado que las Liliás,

De una edad indefinible, el padre Matamoros —el reverendo padre San José Matamoros del Palacio— resultaba de verdad un raro pájaro en la parroquia, gris y desplumado, venido de Dios sabe qué cielos. Vestía de paño oscuro y en lugar de alzacuellos usaba un suéter gris, de cuello de tortuga; su chaqueta parecía prestada, le quedaba grande; sus redondos zapatos casi negros, de colegial, tenían el cuero rajado y las suelas desaparecidas; los cordones eran blancos; usaba anteojos cuadrados: una lente partida por la mitad, una pata remendada con una sucia tira de esparadrapo.⁶⁵

A simple vista, el padre Matamoros era solamente un borracho que iba a reemplazar al padre Almida una vez, pero la miseria en la que había vivido, las atenciones o la adoración por parte de las Liliás y la gran cantidad de licor que había encontrado en la parroquia lo sedujeron y lo transformaron en cómplice de las ancianas, una complicidad escondida entre líneas

—Preferiría que habláramos del gato, y no del reverendo Almida. —La voz de Matamoros se solemnizó. —
A estas alturas una se olvida —le dijeron. Se relamían los labios, enrojecidos por el vino—. Cuánto vino en tan poco tiempo —se asombraron—. Como agua bendita. Pero habrá que cambiar el nombre del ladrón. Cuál le pondremos. —*Nadie* —dijo Matamoros—. *Nadie* es el nombre primigenio. —Y por primera vez se echó a reír con desparpajo, mientras las Liliás bebían.⁶⁶

Igualmente, el padre Matamoros deseaba ser adorado y servido y así se lo manifiesta a las Liliás: “—Samaritanas, meditar Juan IV, 7-30 —dijo el padre.

—Así se dice, padre. No se arrepentirá.⁶⁷

Cita bíblica que dice:

7-8 Los discípulos habían ido al pueblo a comprar algo de comer. En eso, una mujer de Samaria llegó al pozo a sacar agua, y Jesús les dijo:

-- Dame un poco de agua.

9 Pero como los judíos no tienen trato con los samaritanos, la mujer le respondió:

-- ¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides agua a mí, que soy samaritana?

10 Jesús le contestó:

-- Si supieras lo que Dios da y quién es el que te está pidiendo agua, tú le pedirías a él...⁶⁸

⁶⁵ ROSERO, Op. Cit., p. 33

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 66-67

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 59

⁶⁸ SOCIEDADES BÍBLICAS UNIDAS. Dios habla hoy. La Biblia con deuterocanónicos. Segunda edición. Bogotá. Carvajal S.A. 1988. p. 1020 – 1021.

A la vez, la cita bíblica anterior refiere un don que el padre Matamoros se adjudica: su voz solemne que ensalza la eucaristía y hace vibrar el alma de los fieles. El cantar de Matamoros evoca el Caos o tiempo mítico y éste a su vez concede las licencias necesarias para que el exceso, el desenfreno y la transgresión se manifiesten en todos los actos de las Liliás, Tancredo y Sabina. Uno de ellos es el envenenamiento de Almida y Machado, expiación que origina la posibilidad de que el tiempo profano se apodere de la vida y sea el nuevo orden de mundo, por lo que es necesaria la consagración de Matamoros para la eternización del tiempo sagrado. De esta forma, el rito de expiación del padre Almida y el sacristán Machado es requisito para el rito de consagración del padre Matamoros. Estos tres personajes franquean entonces el límite entre lo sagrado y lo profano a través del rito; Almida y Machado van de lo sagrado a lo profano a través del rito de expiación y Matamoros va de lo profano a lo sagrado a partir del rito de consagración.

En otras palabras, el envenenamiento del padre Almida y el sacristán Machado y el ahogamiento de los gatos en la fuente de piedra constituyen el rito de expiación. Almida, Machado y los gatos representan la angustia, monotonía y sinsentido por el abuso, ingratitud y abandono de los que son víctimas las Liliás; a su vez, podría decirse que los gatos son el reflejo de los eclesiásticos, al punto que uno de los gatos es llamado Almida y según las Liliás es el que peor se comporta, el que más las perjudica, como lo demuestra el siguiente fragmento:

—Almida, padre.

Y las otras, muy serias, perfectamente seguras de sí mismas, de lo que decían:

—Sí, padre. Se llama Almida. Como el reverendo Juan Pablo Almida.

Se oyó la risotada, breve, espontánea, de Tancredo. Ni el padre ni las Liliás lo determinaron.

—Quién iba a creerlo —dijo el reverendo San José Matamoros—. Almida, el gato que peor se comporta.

—Que más nos perjudica.⁶⁹

Entonces Almida y Machado son despojados de su carácter sagrado y vueltos al mundo profano al ser envenenados, sacrificados por las Liliás; a su vez, los gatos son ahogados en la fuente y sepultados en el jardín para completar el rito. De ese modo, aunque parecen dos, en realidad es el rito de expiación de Almida y Machado; el ahogamiento y sepultura de los gatos es la manera de purificar y eliminar cualquier rastro que hubiera podido quedar del tiempo profano.

Así, este rito se perfila de dos maneras: la primera, los religiosos son despojados de un solo golpe de su carácter sagrado; la muerte por envenenamiento es sólo un ajusticiamiento y se ejecuta de esta manera para evitar el contacto con el ser sagrado y el derramamiento de la maldición por este acto sacrílego sobre la comunidad y la Parroquia. La segunda, el sacrificio de los gatos, es el cierre de ese

⁶⁹ ROSERO, Op. Cit., p. 64

rito de expiación; los gatos son el símbolo del padre Almida y el sacristán Machado, por eso son asesinados y a la vez purificados en el agua de la fuente de piedra; este elemento, teniendo como referencia el rito cristiano del bautismo, borra el pecado y por tanto purifica al ser.

Además, la fuente es el lugar del rito de expiación por su ubicación en la parroquia, en el centro del patio y la periferia, es decir, las habitaciones de Almida y Machado se convierten en sus sepulturas. Dichos aspectos refieren la representación de lo sagrado y lo profano en la distribución de los lugares; como lo afirma Caillois: “De hecho, el centro parece la residencia clara y reconfortante de lo primero; la periferia, el imperio oscuro e inquietante de lo último.”⁷⁰. Así, la fuente es el lugar sagrado y el alejamiento de los cuerpos de los religiosos, su permanencia en la periferia es la prueba más clara de su desacralización.

De otro lado y como ya se había planteado, la muerte de Almida y Machado da paso a la consagración del padre Matamoros, un hombre que siendo sagrado por su investidura religiosa, es más profano que cualquiera, por su condición de miseria y dependencia de su labor sacerdotal. De tal modo, el padre Matamoros deja de ser un ser desafortunado para convertirse en objeto de adoración de las Liliás y las ancianas señoras de la Asociación Cívica del Barrio. Ahora el padre Matamoros es resguardado como el más grande tesoro y sus guardianas y más fervientes adoradoras son las Liliás, quienes no dejan que el padre se desgaste con el más mínimo esfuerzo y reservan su carácter sacro apartándolo de cualquier foco de profanación; descrito así, hasta las Liliás adquirieron cierto grado de sacralidad. Así como se puede diferir del siguiente fragmento: “Reaparecieron en el jardín, los brazos en jarra, ante el grupo de abuelas que rodeaba al reverendo San José: Dormía como las piedras. Las siete o nueve señoras les abrieron paso con un respeto rayano en la veneración... «Háganse cargo», les dijeron las Liliás, «nosotras ya vendremos con ustedes, pero sólo cuando el padre Matamoros haya reposado, ¿es que no lo ven?, hoy cantó demasiado».”⁷¹

En conclusión, la muerte del padre Almida y el sacristán Machado es el fin del tiempo profano y la consagración del padre Matamoros es la instauración de la fiesta eterna.

La tercera manifestación del rito en esta obra literaria, es la misa cantada del padre Matamoros. Al principio Matamoros es profano y sacrílego por su condición de miseria, su dependencia del alcohol y su falso interés por las Liliás; pero luego con su misa cantada logra entrar en el mundo sagrado sin sufrir consecuencias nefastas, instaurar el tiempo festivo en la Parroquia y ser consagrado como el nuevo objeto de adoración.

Este rito libera la tapa de la caja de Pandora: el caos se instaura en la Parroquia para recrear el orden de mundo; ya no será el tiempo profano el que reine en la vida

⁷⁰ CAILLOIS, Op. Cit., p. 51

⁷¹ ROSERO Op. Cit., p. 98

de aquella comunidad, sino el tiempo sagrado, la fiesta que se eterniza por la presencia y el don del padre Matamoros.

En correspondencia con la consagración del padre Matamoros, la misa cantada que protagoniza es la constatación de su carácter sagrado; esas misas acarician las almas de los fieles y las hacen vibrar al ritmo de su voz. Por ende, en esos momentos las preocupaciones materiales o profanas son delegadas al olvido, sólo importa adorar a ese ser sagrado que ha despertado en ellos la exaltación y las emociones explosivas que avivan la sensibilidad del hombre en el mundo sagrado y el tiempo de la fiesta.

Antes de la llegada del padre Matamoros, la vida en la parroquia era mísera, sin sentido, monótona y aburrida; lo que se acentuaba por la muerte de don Paco Lucio, el organista; las misas cantadas y la música desaparecieron con él de la Parroquia y de la vida de su comunidad, pero no de sus memorias: "... cuando murió don Paco Lucio, el organista, no volvió a permitir que nadie más tocara el órgano; el instrumento quedó sellado para siempre, así como la música. Eso, al padre, le daba igual; no así a Sabina, a las tres Liliás y al jorobado, que extrañaban la música, el cántico, la felpuda voz de bajo de don Lucio, los coros de monjas que en Semana Santa se incendiaban."⁷²

Ese recuerdo y esa nostalgia por el momento sagrado de la misa cantada es revivido por el padre Matamoros, por esa voz que los hacía vibrar de emoción y olvidar, que difuminaba el límite entre la individualidad y la colectividad para que la experiencia sagrada fuera plena

Hubo un silencio infinito, y el padre Matamoros concluyó cantando Dios Todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna, y entonces por primera vez como una comunión el pueblo entero se atrevió a responder cantando: *Amén*.

... Esa noche, sin embargo, sus ojos se aguaron no por la sangre de las cebollas ni por más rábanos heridos sino por algo como un licor sacro que se desbordó en sus oídos y tocó sus almas y las hizo al fin llorar en silencio. Sonreían como una sola Lilia.⁷³

Ese rito litúrgico instituía el tiempo mítico, no sólo porque movilizaba en las Liliás esa fuerza sagrada, esa energía recreadora que motiva el asesinato del padre Almida y el sacristán Machado, el sacrificio de los gatos y la consagración del padre Matamoros, sino por la atemporalidad que representan los elementos que lo constituyen: "De nuevo Tancredo miró al cielo del templo, como si huyera; la misa del padre San José —pensó— era un híbrido, una vivisección; usaba pasajes de misas antepasadas, de convenciones desaparecidas, y los enlazaba con otros de misa actual, que, sin embargo, se atrevía a repetir, cantando, en latín."⁷⁴

⁷² *Ibíd.*, p. 25-26

⁷³ *Ibíd.*, p. 36

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 37

Por último, la cuarta representación del rito en *Los Almuerzos* son las relaciones sexuales entre Sabina y Tancredo. A primera vista, estas relaciones no son incestuosas, pues Sabina y Tancredo no están unidos por un vínculo sanguíneo, aunque sí lo están por un lazo social. De un lado, ambos fueron adoptados: Tancredo por el padre Almida y Sabina es la ahijada del sacristán Machado. Además, fueron cuidados desde niños por las Liliás y así se puede afirmar que todos conforman una comunidad cerrada e interdependiente, una familia unida por los lazos de la necesidad y el abuso.

En consecuencia y según lo propone Caillois: “Un matrimonio entre individuos de igual “naturaleza”, es decir, en fin de cuentas, del mismo grupo social, parece tan atentatorio al orden universal, tan condenado a una esterilidad miserable, como una unión entre individuos del mismo sexo.”⁷⁵, Sabina y Tancredo tienen la misma naturaleza por pertenecer al mismo grupo social, por tanto sus relaciones sexuales no sólo son incestuosas sino que se corresponden a un acto de homosexualidad mística. Sin embargo, es preciso recordar que las relaciones sexuales entre estos dos individuos se desarrollan durante un tiempo festivo, no hacen parte de la cotidianidad de ninguno de los dos y como lo plantea Caillois son lícitas durante la fiesta: “Esas uniones incestuosas suscitan de ordinario el escalofrío del terror y de la abominación, y los culpables sufren los más severos castigos. Pero durante las fiestas son permitidas y obligatorias.”⁷⁶; esas relaciones son incluso anunciadas por un elemento que podría considerarse sagrado: la pañoleta azul de Sabina, como está expreso en este segmento: “—Se habrá dado cuenta —dijo con un susurro— que hoy llevo puesta la pañoleta azul, ¿sí o no?

—Sí.

—El martes pasado también me la puse —dijo con gran esfuerzo—, y también el último domingo. ¿Es que no vio que tenía puesta la pañoleta azul?”⁷⁷.

Este elemento simboliza un código lingüístico secreto entre ellos: “Usaba su pañoleta azul para indicar en silencio que esa noche quería ser visitada.”⁷⁸. Generalmente, Sabina vestía de gris: este dato permite reforzar el significado de la pañoleta azul y representar su personalidad, era una mujer frívola y altiva, características que se difuminaban con el calor del deseo. Periódicamente, su cuerpo requería la cercanía y la energía sexual de Tancredo, necesitaba liberar el fuego que la consumía, pero también ejercer poder sobre él, sobre su voluntad. Esa represión y esa cosificación de Tancredo, al percibirse como objeto de deseo de Sabina, despierta en él el miedo de convertirse en animal y destruirla y en ella una ansiedad y una angustia que la hace protagonizar los actos más asquerosos para Tancredo, actos que suscitan en él el recuerdo del contacto con los ancianos, un

⁷⁵ CAILLOIS, Op. Cit., p. 87

⁷⁶ *Ibíd.*, p. 133

⁷⁷ ROSERO, Op. Cit., p. 20

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 21

fastidio inigualable y otra vez el miedo de convertirse en animal: “—No —dijo—, no voy a ir.

—Por qué —estalló Sabina Cruz, y volvió a caer derrotada en la silla.

... Ahora la boca blanca de Sabina se atrevía a lo peor: de manera descarada besaba las manos de Tancredo. Por primera vez el jorobado se sobrecogió de fastidio (por primera vez, con Sabina) como si todavía lo rozara la piel fría y resbalosa de los ancianos—. ”⁷⁹

Como se expresó, para Tancredo estas relaciones se han convertido en una cadena que lo atan y lo atormentan; no así para Sabina: ella pretende recrear el mundo, crear un mundo para sí misma donde el origen sean ellos y donde la opresión y el abuso del padre Almida y el sacristán Machado no los alcance y así como lo manifiesta Caillois, el incesto sea un “afloramiento pasajero del tiempo creador ya pasado”⁸⁰, un tiempo que en concordancia con el carácter cristiano de la comunidad de la Parroquia evoca la imagen de Adán y Eva representados por Sabina y Tancredo: “...¿cómo va a cantar el padre si debe pasar por esta sacristía y hay tendidos debajo de los ángeles dos pecadores?, Adán y Eva redivivos. Ah, razón tenía Dios al maldecirlos y arrojarlos del paraíso, porque se ven igual, sin una hojita...”⁸¹

Una recreación de mundo, como lo explica Caillois, basada en el poder fecundante del acto sexual, el cual “desarrolla una energía capaz de aumentar, de excitar a todas las que se manifiestan en la naturaleza...”⁸². Finalmente, la recreación de mundo no se proyecta como lo desea Sabina, la energía que se desborda en el acto sexual de Sabina y Tancredo alimenta el torbellino energético que libera y recrea el orden de mundo de la Parroquia, un mundo de fiesta que los hechiza con la voz del padre Matamoros.

Todos estos ritos son la mayor prueba de esa renovación y reordenamiento de mundo que se desarrolla en el tiempo sagrado, pero que encuentra su origen más lejano en la monotonía y el sinsentido que se gesta en lo más íntimo de los personajes marginados de la obra por los principios del tiempo profano; como se planteó desde el inicio de este trabajo monográfico para rastrear las relaciones entre lo profano y lo sagrado que fundamentan no sólo la obra, sino las búsquedas interpretativas y argumentativas que guían dicho trabajo.

2.1.2. Prohibición y transgresión

Dos términos opuestos y complementarios; según George Bataille⁸³, la transgresión y la prohibición son elementos que se corresponden mutuamente y se relacionan

⁷⁹ Ibíd., p. 22

⁸⁰ CAILLOIS, Op. Cit., p. 135

⁸¹ ROSERO, Op. Cit., p. 90

⁸² CAILLOIS, Op. Cit., p. 135

⁸³ BATAILLE, George. El Erotismo. (1957). p. 49. Disponible en: http://www.olimon.org/uan/bataille-el_erotismo.pdf

con la ambigüedad de lo profano y lo sagrado: la prohibición pertenece al mundo profano, lo ordena y mantiene a salvo lo sagrado de la contaminación de éste; a su vez, la transgresión se relaciona con el mundo sagrado, es la transgresión sagrada el pilar de la fiesta.

De tal forma, el hombre vive bajo el poder de esos dos mundos; esos que movilizan en el hombre diferentes clases de fuerzas y energías, distintos ritmos de vida, experiencias, sentimientos y emociones. Como ya se ha manifestado, en el mundo profano, la vida es de trabajo, cansancio y aburrimiento; así como se ejemplifica a continuación: "...y domingo días de Dios, según el padre: «A descansar los espíritus», le pide, o, lo que es igual, a rezar y batir incienso: misa, misa, misa. Misa hay todos los días, Palabra de Dios, pero cada mediodía entre semana la parroquia es el infierno. Con semejantes almuerzos no queda paz para almorzar. Almuerzan ellos. Él debe vigilar, hacerse cargo de las cosas, desde el principio.”⁸⁴

El mundo sagrado, el mundo de la fiesta, excita el regocijo, la danza, la euforia y la efervescencia de la sensibilidad y el espíritu en un tiempo donde parece que no corre el tiempo .

...el canto perdura, los cirios crepitan como si respondieran, ahora los gatos dejan incluso de comer, buscan sus guaridas con pasmosa serena mirada, enderezan el camino, ganan una esquina de la mesa y saltan de uno en uno, se reacomodan en sus nichos, atentos, los ojos puestos en la voz de Matamoros, bailan —se dijo entonces Tancredo, al observar de pronto a las Liliás—, están bailando, y así era: impulsadas por un vals columpiante que ahora Matamoros susurraba, las Liliás adoradoras deambulaban por la cocina en silenciosa danza, sumidas en un vértigo de espíritus, sostenidas en el aire como debajo de una cascada, los ojos entrecerrados, los brazos elevados, Tancredo no supo cuánto tiempo pasó... ⁸⁵

Los Almuerzos se desarrolla como la vida humana, en ese ir y venir entre lo profano y lo sagrado, aunque con mayor fuerza, en consonancia con el tiempo contemporáneo que la contextualiza, en el mundo profano. La comunidad de la Parroquia camina sobre un lazo que va y viene según la fuerza que se imponga en su cotidianidad: primero lo profano y luego lo sagrado. Una fuerza que aparece para quedarse y destruir el otro mundo y sus vestigios.

Un mundo profano, instaurado y casi eternizado por el padre Almida y el sacristán Machado; dos hombres corruptos y abusadores que se han aprovechado por años de la necesidad y la orfandad de las Liliás, Sabina, Tancredo y los comensales de los almuerzos de piedad y han convertido en pesos el deseo por lavar y redimir las culpas de don Justiniano.

Ese abuso, poco a poco, fue alimentando en las Liliás un sentimiento doloroso de rencor que se proyectaba en el gato Almida y que se revela con el asesinato del padre Almida y el sacristán Machado tras la llegada del Padre Matamoros, quien

⁸⁴ ROSERO, Op. Cit., p. 1

⁸⁵ Ibíd., p. 70

con su misa cantada, como ya se había expresado, libera la tapa de la caja de Pandora y toda la violencia que desencadena aquellas muertes y la recreación de mundo, la instauración del mundo sagrado y la fiesta como símbolo de ese paraíso perdido.

No sólo la misa cantada, sino el aliento, los elogios, la comprensión y la complicidad de Matamoros para las Liliás

—Si no fuera por ese gato seríamos felices —dijo una de ellas.

Se oyó como si hubiese gritado que serían felices sin Almida.

Una sonrisa mórbida, de ultraterreno placer, con la alegría que sólo poseen los borrachos, iluminó a Matamoros. Empezó a hablar con las Liliás, a repartirles secretos en la plenitud de las orejas, a interrogarlas, a responder él, a envolver y dejarse envolver, a paladear de tanto en tanto un bocado, elogiándolo, y su conversación maravillaba a las Liliás, las enaltecía a plenitud, y no escaseaban los brindis, ahora chocando copas, regando vino en las frutas.

Y entonces todo quedó a oscuras, la luz se fue. Pero tardaron en darse cuenta, no tanto por el resplandor rojizo que todavía arrojaba la estufa de carbón como por el canto intempestivo del padre: el canto y la oscuridad brotaron intempestivos.⁸⁶

Lo profano y lo sagrado, la prohibición y la transgresión, vivifican esa relación ambigua que fundamenta la vida, le permite recrearse y recobrar su sentido. Ese sentido que perdieron las Liliás por la monotonía de la vida útil y las necesidades que las esclavizaron y las cegaron a tal punto que perdieron toda dignidad. Las prohibiciones, como ya se había manifestado, tienen como función mantener ese orden de mundo que regula la existencia y que, en este caso, son impuestas por el padre Almida para proteger su imperio de ambición y corrupción; ese que se erige gracias a las migajas de piedad y caridad que se reparten durante, valga la redundancia, los almuerzos de piedad.

Esas prohibiciones regulan absolutamente toda la vida de la Parroquia hasta las palabras y los pensamientos de cada uno de los personajes, aunque para ser más preciso, es necesario afirmar que en cada uno de los personajes se gestó un rostro gemelar: un lado muestra una figura obediente y respetuosa de las normas y el otro, que se resguarda en lo más profundo y oscuro de cada uno de los personajes, refleja el hastío y el deseo que apunta a la recreación del mundo y por tanto, a la transgresión.

Tal es el caso de Sabina quien con ahínco enfrenta al padre Matamoros sobre sus actos sacrílegos: "...— Bebe como un jornalero. ¿Es que olvidó dónde estamos? ¿Así de borracho se encuentra?"⁸⁷, pero no se cansa de rogar a Tancredo que se escapen y empiecen una nueva vida, una que empiece con el robo de una de las cajas de dinero que ha atesorado el padre Almida: "Después acabó sentándose

⁸⁶ Ibid., p. 67

⁸⁷ Ibid., p. 59

encima de las cajas. Su pecho atropellado, su lengua repasaba sus labios, mojándolos. La desconocía. Cruzó las piernas y echó para atrás su cuerpo, apoyada en las manos. Me miraba desafiante. «Huyamos de aquí» me dijo, «cualquiera de estas cajas nos dará para vivir. Sólo una caja. No estoy hablando de todas. Hemos trabajado la vida entera para ellos».”⁸⁸

O el más claro ejemplo, las Liliás que, aunque viejas y enfermas, son sumisas y obedientes en toda la extensión de dichas palabras; a pesar de sus condiciones no son capaces de dirigirse al padre Almida para pedir su compasión: “«¿Por qué no hablan ustedes con él?», les dijo. Y ellas: «¿Con el reverendo?». «Sí, con el padre Almida». «Dios nos bendiga, eso es imposible, no seríamos capaces. ¿Cómo rechistar a quien nos da el pan y el vestido?»”⁸⁹

Como es evidente es una obediencia que responde a la necesidad y la gratitud; una actitud sumisa ante el abuso que desaparece cuando llega el padre Matamoros con su angelical voz, despertando en ellas el deseo por una nueva vida y movilizándolo esa violencia que las lleva a la transgresión y por ende, a la recreación del mundo y su orden. Ese deseo no sólo es consecuencia del hastío de la vida profana, sino de la atracción que despierta lo sacro, lo festivo que trae consigo Matamoros. En palabras de Caillois: “Sólo se puede desdeñar lo profano, mientras que lo sagrado dispone para atraer de una especie de fascinación. Constituye a la vez la tentación suprema y el más grande de los peligros. Terrible, impone la prudencia; deseable, invita al mismo tiempo a la audacia.”⁹⁰.

A su vez, esa violencia que conlleva al sujeto a la transgresión trastoca el mundo de la obra: los ámbitos religioso y sexual y la vida cotidiana y útil. A saber, el padre Matamoros bebe todo el tiempo y usa palabras con doble sentido durante el sermón; Sabina se erotiza hasta bajo el altar y sostiene relaciones sexuales con Tancredo en la Parroquia; las Liliás han asesinado al padre Almida y al sacristán Machado y han abandonado sus obligaciones respecto a las labores domésticas y los almuerzos de piedad.

En pocas palabras, estos ejemplos son muestra de esa razón matemática que resume la existencia: la prohibición y la transgresión son al hombre como la vida y la muerte. Lo profano y lo sagrado son a la vida como al sentido de *Los Almuerzos*, tal como se viene argumentando a partir de los planteamientos teóricos de Caillois.

2.1.3. Desenfreno y exceso

Una vida de escasez es la vida de las Liliás, Tancredo y Sabina; su estancia en la Parroquia al calor del padre Almida y el sacristán Machado ha estado marcada por la humillación, la dominación, el abuso y la esclavitud. Cada uno a su manera, ha sido predestinado a una única función: servir hasta la muerte a estos religiosos que cada día se llenan más y más los bolsillos con las donaciones de don Justiniano,

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 74

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 58

⁹⁰ CAILLOIS, Op. Cit., p. 15

quien pretende redimir sus culpas ayudando a los más necesitados, sin darse cuenta que lo único que hace es alimentar la ambición del padre Almida y el sacristán Machado y la humillación y abuso de los más pobres y necesitados de su piedad.

Esta miseria y esclavitud se reflejan en el ritmo monótono y la vida circular de estos personajes que cada vez se enredan más en esa telaraña tejida por el padre Almida y el sacristán machado, una telaraña que absorbe su vitalidad, su juventud, su fuerza y sus deseos. Una muestra de ello es Sabina, quien a pesar de su juventud ya se proyecta como una de las Liliás: “Su piel era tan blanca que parecía rosada y su pelo de un rubio cenizo, platino, proyectaba alrededor una especie de opaco resplandor, la luz de una agónica llama. Menuda y frágil —en apariencia—, doblada la cerviz, era todavía más joven que Tancredo, pero no demoraría en parecerse a cualquiera de las Liliás.”⁹¹

Los abusos sexuales a manos de su padrino, el sacristán Machado, la convirtieron en una mujer amargada y frívola, casi sin emociones hacia la mayoría de las personas; excepto con Tancredo, quien enciende ese fuego interno que la devora, ese fuego que la mayor parte del tiempo es como la imagen ya citada “una especie de opaco resplandor, la luz de una agónica llama.”⁹² que recuerda el sinsentido y la monotonía de su vida.

De su parte, Tancredo es engañado por el padre Almida, quien le ha creado un espejismo que lo hace servil y obediente; le ha hecho creer que algún día costeará sus estudios universitarios de Teología, lo que entre líneas puede mostrar a Tancredo como su posible sucesor. No obstante, ese espejismo fue ensombrecido por las labores de los almuerzos de piedad: “Se arrepintió de sus noches con Sabina. Sí. Era posible que también Almida lo supiera, y hasta el sacristán. Debido a eso no confiaban en él, negándole sus estudios universitarios, confinándolo a esa labor de criado de los Almuerzos.”⁹³. Tancredo ingenuamente creía que esa predestinación a la esclavitud se debía a sus relaciones con Sabina, sin lograr comprender que su rol en el juego del padre Almida era encargarse junto con las Liliás de los almuerzos de piedad, era su peón principal y nada más.

Finalmente, las Liliás, viejas y enfermas son usadas y abusadas con las labores de los almuerzos de piedad y los quehaceres domésticos de la Parroquia; el padre Almida se obstina en darse cuenta de sus condiciones de vida, deliberadamente ignora sus necesidades: “...sin embargo, al pasar él por la cocina y mirarnos y saludar, tendría que darse cuenta de que estamos viejas desde hace más de muchos años, debería entender que ya no somos las mismas, y suponer que por lo

⁹¹ ROSERO, Op. Cit., p. 14-15

⁹² Ibíd., p. 14

⁹³ Ibíd., p. 45

menos una robusta muchacha nos ayudaría con las labores más duras, lavar platos, por ejemplo, todas somos artríticas...”⁹⁴.

Toda esa monotonía, abuso, angustia, sinsentido y opresión van gestando en los personajes el deseo de renovar y reordenar su mundo, un deseo que va alimentando en ellos esa energía recreadora que es liberada en el tiempo sagrado, el tiempo de la fiesta, del cual uno de sus principales pilares es el desenfreno y el exceso, la liberación de los deseos más recónditos y la satisfacción de los mismos en la abundancia, el frenesí y la floración de la sensibilidad. De ese modo, la búsqueda de lo profano y lo sagrado en *Los Almuerzos* encuentra eco en esa ambigüedad y dualidad reflejadas en la escasez y prudencia del tiempo profano y el desenfreno y exceso del tiempo sagrado.

Retomando la idea que se viene desarrollando puede decirse que toda esa escasez y esa vida rutinaria, agobiante y sinsentido va alimentando poco a poco un deseo feroz por transgredir la norma y el orden establecido; un deseo que no conoce límites, es impulsivo y desaforado, como en el caso de Sabina y su deseo por Tancredo:

«Sabina, le dijo apartando el rostro, es el altar». «El altar, le dijo ella, el altar de mi amor por ti». Le parecía enfurecida, de tanto amor. Estupefacto, trastabilló, signado por la fuerza del pequeño cuerpo, flaco pero empecinado, que se colgaba de su cuello, que, al contrario de su beso, ardía, que lo empujó al borde de mármol del mismo altar, la mesa larga y de hielo que fulgía sobre una base como un triángulo invertido. Allí cayeron, ella encima de él, lenta y silenciosamente, porque Tancredo se dedicó a ablandar la caída, y ella, voraz, a besarlo.⁹⁵

Igualmente, esa miseria, antónima de los excesos propios de la fiesta, es reemplazada por la abundancia que trae consigo algunos de los ritos presentes en la obra: el sexo salvaje entre Sabina y Tancredo: “Por eso yo pongo el colchón en el piso —dijo—, para que no haga ruido. Es la cama la que suena, pero nosotros no usamos la cama. Sólo el colchón.”⁹⁶ y el banquete, la danza y la alegría propiciados por la euforia de la misa cantada del padre Matamoros:

Ahora señalaban la mesa: un jarro de fresas la coronaba.

—Vea padre, para usted, una bobada.

Como estrategias dirimiendo una batalla ante los mapas desplegados, así las tres Liliás explicaron los platos, sus dulzuras y amarguras, sus benevolencias y sorpresas; era su ordenada manera de entenderlos. Siga con los bocaditos de naranja, padre, que son buenos para aclarar el paladeo; entre queso y queso mastique una rodajita de manzana, le recomendamos las empanadas de pescado, las medialunas, los

⁹⁴ *Ibíd.*, p. 58

⁹⁵ *Ibíd.*, p. 51

⁹⁶ *Ibíd.*, p. 21

corazones, o esa ensalada que lleva ternera y jamón, mire qué hermosas salchichas, su salsa al punto, al punto, ¿y ese conejito, qué hace allí?...⁹⁷

Descrito así, toda esta abundancia de manjares y emociones es resultado del ambiente de excepción y de exceso de la fiesta y del mundo al revés que se establece con ella, según las palabras de Caillois: "...la fiesta aparece así realmente como la duración de la suspensión del orden del mundo. Por eso se permiten entonces todos los excesos. Lo importante es obrar en contra de las normas. Todo debe efectuarse al revés."⁹⁸ En el mundo profano de la Parroquia y su comunidad no hay lugar para la música, las emociones intensas y menos la abundancia; por eso tras la llegada del padre Matamoros y la instauración del mundo sagrado, el exceso y el desenfreno son las normas que determinan la existencia de las Liliás, Sabina y Tancredo.

A fin de cuentas, son el exceso y el desenfreno emociones vivificadas en las acciones de los personajes, quienes se entregan por completo al ímpetu de la fiesta, en congruencia con lo que propone Caillois: "...jamás se opone la menor resistencia al frenesí popular: se le considera tan necesario como lo era la obediencia..."⁹⁹, para renovar el mundo y su orden, para rejuvenecerlo y destruir cualquier vestigio de desgaste y amenaza de muerte que hayan sido originados por la existencia gris y atónica en el mundo profano.

2.2. La vida útil o profana

Este subcapítulo es sólo una síntesis de lo que se ha expuesto con anterioridad; la interpretación de la obra que se ha hecho en este capítulo tiene como pilares lo sagrado y lo profano. En tanto, cada elemento, sea prohibición, transgresión, rito, exceso o desenfreno ha dado cuenta de ese tiempo profano del que habla Caillois y que es en conjunto con la fiesta, el tiempo sagrado, el fundamento del sentido de *Los Almuerzos* y la exploración de la vida humana desde los espejos más crueles como la pobreza, la vejez, la necesidad y la fealdad que constituyen a su vez la tragedia que se desarrolla en la obra y que da sentido a esta búsqueda de lo profano y lo sagrado como eje de este trabajo monográfico.

Así pues, la vida útil o profana está ordenada por el trabajo y responde a la satisfacción de necesidades básicas como el alimento, el refugio y el vestido. Un tiempo, una cotidianidad, un ritmo de vida monótono, circular y represivo en el que el hombre es dominado por las normas y el sistema social y económico del que hace parte, un sistema que le exige el cumplimiento de unos compromisos u obligaciones y de unas formas de actuar en su cotidianidad que previene la angustia por la pérdida de unas condiciones de vida y unos elementos básicos para la existencia. En esa medida, las Liliás, Sabina y Tancredo han sido víctimas y han soportado toda clase de maltratos y abusos del padre Almida y el sacristán Machado para

⁹⁷ *Ibíd.*, p. 62

⁹⁸ CAILLOIS, Op. Cit., p. 130

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 131

poder cubrir esas necesidades. En el caso de las Lilias, quienes en la guerra lo perdieron todo: sus hijos, esposos y casas, es tanto el temor por la incertidumbre de no saber qué hacer con sus vidas ni a dónde ir, que lo aguantan todo: las enfermedades, el cansancio, el aburrimiento, la desconsideración del padre Almida y hasta el odio y el asco que les tenía el sacristán Machado. Así mismo, Sabina y Tancredo están esclavizados al servicio de la Parroquia, son víctimas de esa cotidianidad repetitiva, sombría y atónica.

Sin embargo, esta continuidad gris es afrontada desde dos posturas diferentes: las Lilias y Tancredo, de alguna manera, están resignados y esperan que el padre Almida en algún momento agradezca los sacrificios que ellos realizan por el bien de la Parroquia; empero, en Tancredo vive una fuerza violenta que pretende destruir todo aquello que lo agobia y lo obliga: el sacristán Machado, Sabina y en mayor grado a los ancianos de los almuerzos de piedad. La segunda postura la protagoniza Sabina, ella desea huir y para ello necesita que Tancredo sea su cómplice para robar uno de los cofres del padre Almida y para que comparta su vida con ella.

En el otro extremo de esta vida profana están el padre Almida y el sacristán Machado, aunque pareciera que no tuvieran por qué preocuparse, son presos de su propia ambición y corrupción y del miedo de perder el dinero que les da don Justiniano para las obras de la Parroquia:

...la voz del padre mencionaba varias veces el nombre de don Justiniano. «Don Justiniano», decía, «don Justiniano sabrá creernos a nosotros». Y luego: «Justiniano, Justiniano». Y la voz del sacristán: «¿De quién me habla, padre?», y el padre: «Don Justiniano», y el sacristán: «Ah, un hombre íntegro». Y el padre: «Cierto. No nos preocupemos en balde». La sordera del sacristán obligaba a hablarle en voz más alta de lo normal, y Almida, a pesar de que creía hablar en secreto, daba voces. «Esto se despejará», decía, «Dios es todos los días».¹⁰⁰

En resumen, la vida profana desgasta la sensibilidad del hombre por el aburrimiento y la angustia que le provocan el trabajo, las preocupaciones materiales y la cotidianidad atónica. Así se ha venido planteando a lo largo de este trabajo monográfico; es el tiempo profano el origen de esa sensibilidad que aflora para buscar la renovación de la energía vital y el reordenamiento del mundo.

De esta manera se ha mostrado cómo la hipótesis y los objetivos que se han planteado para este trabajo monográfico encuentran sentido y sustento en las ideas de Caillois, quien como ya se ha expuesto refiere el carácter dual de la vida humana y la oposición y complementariedad entre lo profano y lo sagrado. Dos valores que como se ha dicho en repetidas ocasiones dan cuenta de la naturaleza y la vida humana y sustentan el sentido de la obra, el actuar y las búsquedas de los personajes; también, la pugna entre la cotidianidad y el tiempo de la fiesta, la monotonía de lo profano y la exuberancia de lo sagrado.

¹⁰⁰ ROSERO, Op. Cit., p. 24-25

Igualmente el análisis de la obra a la luz de conceptos como fiesta, vida profana, rito, prohibición, transgresión, desenfreno y exceso permiten comprender cómo lo profano y lo sagrado constituyen la ambigüedad de la vida humana y de la obra que es una imagen creativa de la misma.

2.3. El carnaval en un mundo transgresivo

La vida transcurre en un ir y venir entre el mundo sagrado y el mundo profano; el primero de mayor vitalidad y energía creadora y el otro inmerso en la monotonía y el sosiego de la vida ordenada por el trabajo y las preocupaciones materiales del hombre. Un mundo sagrado que despierta en un tiempo corto y limitado, pero efervescente y vibrante y un mundo profano que ha secuestrado la vitalidad humana y la ha convertido en una cotidianidad vacua y superflua.

Esa ambigüedad de la vida, lo sagrado y lo profano, es el pilar que fundamenta y da sentido a *Los Almuerzos*, esa obra de Evelio Rosero que retrata la existencia humana con todos sus matices: el abuso, la corrupción de las instituciones, la degradación del hombre por la vejez y la pobreza, la condición de la mujer, las vivencias y exploraciones sexuales, la transgresión, lo circular y lo gris de la vida profana; también la sensibilidad del tiempo sagrado, la búsqueda de la energía recreadora en esos pocos instantes de sacralidad que delega el tiempo profano a la intimidad y subjetividad de cada individuo. Es la pugna entre lo profano y lo sagrado, entre lo impuro y lo puro, entre lo material y lo emocional, entre la razón y la sensibilidad lo que teje la dinámica vital de las Liliás, Sabina y Tancredo; primero un descenso en el abismo de la monotonía y el sinsentido del tiempo profano establecido por Almida y Machado y después la ascensión a lo sublime del tiempo sagrado instituido por Matamoros.

Así, para un mayor acercamiento a la obra, es preciso describir brevemente los personajes que participan en ella. En un extremo, el padre Almida, un hombre ambicioso, pervertido, falso y explotador y el sacristán Machado, cómplice de aquel. En el otro polo del drama se encuentra Sabina, una jovencita muy bella que se desempeñaba como secretaria de la Parroquia y que en su infancia había sido objeto sexual de su padrino, el sacristán Machado; ella se había convertido en una mujer lasciva, le había concedido carácter ritual a su sexualidad y era Tancredo el objeto mágico, portador del deseo, como se infiere “Se habrá dado cuenta-dijo con un susurro-que hoy llevo puesto la pañoleta azul, ¿sí o no?-Sí –El martes pasado también me la puse-dijo con gran esfuerzo, y también el último domingo. ¿Es que no vio que tenía puesta la pañoleta azul?”¹⁰¹. Además, Tancredo, el encargado de todas las actividades de la empresa, los almuerzos de piedad, es el paradigma de la existencia humana, la dualidad, el juego de máscaras; un hombre signado por el hastío de una vida de esclavitud y frustración y por el miedo de convertirse en un

¹⁰¹ Ibíd., p. 20

animal y hacer trizas su mundo, esa vida que no puede ser otra vida “... sin otra vida para vivir”¹⁰².

Como se dijo anteriormente, Tancredo era objeto de deseo en la ceremonia sexual de Sabina y a la vez, era el “sacrificado o la víctima” en los almuerzos de piedad, eventos que respondían a un carácter circular y repetitivo; también a una condición de animalidad respecto a la satisfacción de una necesidad básica, la alimentación y un carácter “sobrenatural” o místico por el despertar de esos “demonios” que anidan en nuestra intimidad y buscan reinar sobre nuestra sensibilidad y racionalidad. Expuesto de esa manera, este individuo es el encargado de lidiar con esos míseros seres, que han sido despojados de su humanidad y que lo ven como su sirviente, un esclavo sin voluntad; ignorando la violencia que lo habita y lo consume.

Ahora bien, las tres Liliás, la mayor expresión de la injusticia social, la pobreza, la necesidad, la enfermedad, la vejez y la sumisión o humillación como consecuencia de las anteriores; protagonistas de una vida amarga y desgraciada que engendra sentimientos negativos, obsesivos y homicidas que desembocan en la muerte del padre y el sacristán: “-Y sigue dormido- repuso la más pequeña de las Liliás, asomando por un instante la canosa cabeza a la puerta, únicamente la cabeza, estirando el arrugado cuello, la voz confidencial: Igual que el sacristán. ¿Despertarán algún día? Quién sabe. Quién puede saberlo. Ya les dimos su agüita de yerbabuena. La merecían.”¹⁰³.

Una muerte que se desdibuja y se despoja de su carácter sanguinario y violento en el espejo del sacrificio de los gatos y la experiencia interior de las ancianas al ritmo de lo sagrado de la fiesta y el ritual.

Finalmente, el padre Matamoros, un remedo de padre, quien con su vida carnavalesca y sacrílega, su angelical voz y su aparente sensibilidad, logra engañar a las tres Liliás y a diferencia de los ancianos de los almuerzos de Piedad, logra quedarse en la parroquia, viviendo a costa de las ancianas y las limosnas de los feligreses. Él a diferencia de los otros dos representantes de la iglesia, era un ser mísero y huérfano de la buena suerte, como se entiende “volvió a acomodarse la chaqueta, subiéndose el cuello por encima del cuello de tortuga de su suéter. Ahora lo vieron flaco y viejo y triste, como los que no quieren despedirse y se despiden”¹⁰⁴.

De este modo, podría deducirse que la vida y los miembros de esta comunidad sufren una profunda transformación; al inicio, la vida es vacía, oscura, sin sentido, monótona, agobiante y tortuosa, como se puede ver en el siguiente fragmento: “...ya quisieran ellas ser gigantes y repartir papas al mundo, pero son mujeres viejas, mujeres pequeñas, y ese trote todos los días cansa; y además tenían que ocuparse del almuerzo del padre, exclusivo, del sacristán, de ellas mismas, y también de los almuerzos de los gatos, y todo al mismo tiempo, todos los días: o estaban realmente

¹⁰² *Ibíd.*, p. 12

¹⁰³ *Ibíd.*, p. 93

¹⁰⁴ *Ibíd.*, p. 44

viejas o de un momento a otro la vida se les puso aburrida.”¹⁰⁵; al punto que, en ocasiones, un eco salvaje y monstruoso se hace latente en la intimidad de los individuos y así aparece el miedo de diferentes formas, como convertirse en animal, perder el sentido de la vida, no poder saciar el deseo de la carne y ser eternamente prisionero de la voluntad de otros.

Esos miedos son la manifestación de esa jerarquía que ordenaba la vida de la parroquia y que hacía que, aunque juntos, vivieran en mundos diferentes, mundos que reflejaban la intimidad más profunda de cada uno de ellos: sus pasados, sus necesidades, sus miedos, sus anhelos y deseos. Inmersos en sus tareas cotidianas dedicaban toda su energía vital a cumplir con las funciones que se les habían asignado para el buen funcionamiento de la parroquia y se sumían en una vida mísera y monótona, sin emociones y llena de sacrificio. Cada quien en sus labores, sin compadecerse del sufrimiento de los demás; nadie se preocupaba por la vejez y los dolores de las Liliás ni por el correr del tiempo que desgastaba a Tancredo y a sabina y los convertía en las nuevas versiones de las Liliás.

Lo descrito anteriormente es la imagen que representa el tiempo ordinario del que habla Bajtin, un tiempo en el que reina el orden establecido por la jerarquía; un tiempo en el que cada personaje asume su labor, ya sea en la cocina, en el comedor con los ancianos, en la oficina atendiendo las llamadas y reuniones de los clérigos o simplemente recibiendo las migajas llamadas almuerzos de piedad. También, es un tiempo en el que se manifiestan claramente las clases sociales y el valor utilitarista de la vida; los empleados de la parroquia comen en la cocina o en espacios diferentes a los usados por los clérigos y comen alimentos diferentes a los preparados para éstos; mientras los unos comen manjares otros comen sopa de papa. Así mismo, puede decirse que todos son útiles en la medida que cumplen sus funciones y ayudan al enriquecimiento de los clérigos, no son tratados como seres humanos, sino como objetos, partes de una máquina para enriquecer las arcas privadas. Es así como describiendo esa vida tan monótona, aburrida y miserable se infiere cómo el tiempo ordinario va desgastando la energía vital de los personajes marginados y va gestando en ellos el deseo de renovar y reordenar su mundo, idea que se viene defendiendo a lo largo de este trabajo monográfico.

De otra parte, la llegada del padre Matamoros reafirma y madura esos sentimientos y deseos que se venían gestando en lo más íntimo de los personajes marginados de la parroquia; su cotidianidad sufre un giro de 180 grados fundamentado en la visión y la actitud carnavalesca de aquel. Empiezan a surgir distintas manifestaciones de esa nueva forma de vida, esa vida carnavalesca, como la profanación y el sacrilegio, la entronización, el aspecto hiperbólico, la ruptura de la linealidad y la dinámica del día a día, entre otros; la existencia se torna alegre y sosegada, los límites jerárquicos se disuelven y se propaga un ambiente de familiaridad. No obstante, estas nuevas condiciones de vida no eran reales del todo, sólo era un valor agregado de la presencia de Matamoros, quien veía en las Liliás

¹⁰⁵ *Ibíd.*, p. 57

unas adoradoras que podían saciar su sed y en la Parroquia un mejor lugar para vivir su carnaval.

En consonancia con la vida carnavalesca que instauró Matamoros la parroquia fue cobijada por un ambiente de familiaridad. La jerarquía se difuminó y hasta se invirtió: las Liliás que se encargaban de los oficios domésticos de la Parroquia junto con Tancredo, ahora eran las sacerdotisas que cuidaban y adoraban a Matamoros; dejaron de pertenecer al mundo profano para convertirse también en seres sagrados como se puede interpretar del siguiente fragmento: “Reaparecieron en el jardín, los brazos en jarra, ante el grupo de abuelas que rodeaba al reverendo San José: dormía como las piedras. Las siete o nueve señoras les abrieron paso con un respeto rayano en la veneración”. Así mismo, Matamoros personificaba esa familiaridad del carnaval donde no existen clases sociales y todos son iguales; compartía la mesa y la copa con todos los habitantes de la parroquia, todos podían disfrutar del banquete y no sólo de la sopa de papa ; esa misma familiaridad permitió que Tancredo confesara sus miedos al misacantano y pudiera liberarse de esa angustia que le generaban sus miedos, sus deseos de convertirse en animal y destruir todo rastro de esclavitud, Sabina con su esclavitud sexual y los ancianos que presagiaban su futuro. Finalmente, Sabina se encontró con Matamoros bajo el altar donde esperaba a Tancredo y se consumieron ambos en las llamas de Sabina, así lo deja entrever sus palabras: “Pero la escuchó: —Ese padre bendito me ha tocado el culo —decía, y lo repetía a murmullos como si cantara, feliz.”¹⁰⁶; de igual modo, es necesario decir que el altar no fue contaminado por el acto aparentemente sacrílego, pues el tiempo festivo permite toda clase de desenfreno, exceso y transgresión, ésta fue una transgresión sagrada.

Esta familiaridad es abordada por Bajtin con las siguientes palabras: “Las leyes, las prohibiciones, las restricciones que determinan la estructura, el buen desarrollo de la vida normal (no carnavalesca) están suspendidas durante el tiempo del carnaval; se comienza por invertir el orden jerárquico y todas las formas de miedo que éste entraña...Quedan abolidas también todas las distancias entre los hombres, para reemplazarlas por una actitud carnavalesca especial: *un contacto libre y familiar*”¹⁰⁷.

Lo anterior da cuenta de cómo lo profano y lo sagrado constituyen ese carácter dual de la vida; de cómo aunque opuestos, estos dos tiempos están presentes y protagonizan una pugna por permanecer en el tiempo y el espacio; así como se ha venido expresando en relación con el sentido de la obra y la existencia humana.

A pesar del regocijo y la familiaridad que había traído consigo Matamoros a la parroquia y su comunidad, persistía en el espíritu de aquellos seres extasiados, vestigios de la cruel y penosa realidad que habían vivido durante tanto tiempo, tanto que se había eternizado en sus mentes. Una angustia que puede percibirse en las siguientes líneas y que es instituida, en este caso, por el padre Almida y sus iniquidades: “El reverendo San José, por el contrario, ahora se veía muy lúcido y las

¹⁰⁶ *Ibíd.*, p. 89

¹⁰⁷ BAJTIN, Op. Cit., p. 312-313

alentaba, las consolaba, inútilmente, porque el gato ladrón incomodaba a las Liliás, pulverizaba su pequeña felicidad, las obligaba a replegarse, tristemente alertas.

- Si no fuera por ese gato seríamos felices-dijo una de ellas.

Se oyó como si hubiese gritado que serían felices sin Almida”¹⁰⁸

Esos miedos son cadenas que aprisionan y atormentan; a la vez, motores que impulsan mecanismos de liberación; ejemplo de ello es Tancredo, el jorobado, quien busca liberarse del sometimiento de Sabina, de esos juegos eróticos que son asfixiantes, pero a la vez necesarios y anhelados y cuando por fin, el objetivo es alcanzado, la dinámica se revierte y ahora es ella, quien es atormentada por el rechazo de su objeto de deseo; dicho de otra forma, estos dos personajes son las fichas en un juego de dependencia-rechazo, placer-erotismo, que en un momento dado se transfigura en el miedo de entregarse al instinto y brutalidad animal para destruir los grilletes que lo atan a la voluntad de aquel ente femenino; como se infiere a continuación “me enfureció oírle, y entonces quise alargar la mano, sólo mi mano derecha, y rodear con los dedos el fino cuello de Sabina, y apretar hasta que crujiera y no oírle nunca más”¹⁰⁹. En el caso de las Liliás, no es el miedo, es la angustia de una vida que las ha sumido en la monotonía y la esclavitud de una vida limitada por el trabajo y la miseria de ese mundo que han fundado la ambición y la corrupción personificadas en Almida y Machado.

Pero esos miedos y esas angustias son destruidos y desarraigados en los eventos rituales que se desarrollan en torno a la muerte del padre Almida y el sacristán Machado y la entronización del borracho, el misacantano Matamoros. Estos eventos se materializan en el sacrificio de los gatos y en la velada carnavalesca, donde Matamoros se convierte en objeto de adoración y soberano de aquella comunidad que se renovaba con la muerte y el establecimiento del carnaval como estilo de vida; un mundo de alegría, libertad, familiaridad y equidad; un mundo de solemnidad y fascinación: “...bailan -se dijo entonces Tancredo, al observar de pronto a las Liliás- están bailando, y así era: impulsadas por un vals columpiante que ahora Matamoros susurraba, las Liliás adoradoras deambulaban por la cocina en silenciosa danza, sumidas en un vértigo de espíritus, sostenidas en el aire como debajo de una cascada, los ojos entrecerrados, los brazos elevados...”¹¹⁰.

Así mismo, los opuestos son un referente del mundo transgresivo de esta obra: lo feo y lo bello en Tancredo y Sabina, lo profano y lo sagrado en Almida, Machado y Matamoros. Sabina con su tez blanca, su cabello rubio cenizo, sus ojos azules y esa llama erótica que la consumía arrastraba a Tancredo, su joroba y su cuerpo monumental a un torbellino de pasión que lo esclavizaba a su voluntad y que finalmente despertaba en él el miedo de ser un animal, un animal que destrozaría a dentelladas esa cadena que lo ataba.

¹⁰⁸ ROSERO, Op. Cit., p. 67

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p 75

¹¹⁰ *Ibíd.*, p 70

De su parte, las figuras religiosas encarnaban tanto lo sagrado como lo profano. De un lado, la ambición, la corrupción y lo carnal; del otro, su rol sagrado como sacerdotes, representantes de Dios y celebrantes del rito eucarístico. Desafortunadamente para Almida y Machado, ese transitar entre lo profano y lo sagrado movilizó una energía peligrosa e incomprensible que se manifestó en el deseo de las Liliás por liberarse de las opresiones y abusos que ellos dirigían, liberación que no encontró otro camino más que la muerte de los verdugos. Contrariamente, Matamoros fue entronizado como el salvador de aquellos desafortunados y su misa cantada fue la puerta a la fiesta, a la institución del carnaval como nuevo orden de mundo.

Finalmente, como valor carnavalesco de mayor preponderancia en la obra se encuentra la profanación, la mayor manifestación de la transgresión. Cada uno de los personajes violenta lo sagrado y el orden de mundo de una manera diferente: Sabina y Tancredo desde su unión ritual e incestuosa en distintos lugares de la parroquia que es un lugar sagrado; las Liliás al asesinar a Almida y Machado, pero también al entronizar a Matamoros; Almida y Machado al llevar una doble vida, transitando entre el mundo profano y el mundo sagrado, el mundo de las preocupaciones materiales y económicas y el mundo religioso. Por último, Matamoros con todas sus acciones sacrílegas como beber aguardiente en el cáliz y ejecutar el ritual eucarístico estando ebrio, aunque se debe tener en cuenta dicho carácter sacrílego de sus actos desde la otredad, pues Matamoros es un personaje eminentemente carnavalesco y para él sus actos no constituyen tal valor. Como lo plantea Bajtin, el carnaval no se representa, se vive y eso es lo que hace Matamoros “No se mira el carnaval y, para ser más exactos, habría que decir que ni siquiera se lo representa sino que se lo vive, se está plegado a sus leyes mientras estas tienen curso, y se lleva así una *existencia de carnaval*.”¹¹¹.

Dicho así, la vida es un concepto ambiguo y dual, en la que lo profano y lo sagrado o la tragedia y el carnaval se fusionan para crear espacios donde el miedo y el placer se hacen uno, el respeto por las prohibiciones y la transgresión son los límites de la vida y la renovación de la misma. En otras palabras, el hombre moderno, sin juzgarlo ni sentenciarlo, protagoniza una doble vida así como lo afirma Bajtin del hombre del medioevo: “Puede decirse (haciendo evidentemente ciertas reservas) que el hombre de la Edad Media tenía dos vidas: la una *oficial*, monolíticamente seria y limitada... y la otra de *carnaval* y de *plaza pública*, libre...eran también dos vidas perfectamente lícitas.”¹¹².

De esta manera se ha descrito cómo el tiempo ordinario y el carnaval, propuestos por Bajtin, tejen el sentido de la obra; también, cómo el sinsentido, la monotonía, el desgaste de la energía vital de los personajes, la renovación y reordenamiento del mundo son elementos que ponen en marcha la pugna entre opuestos, entre el miedo y el deseo, el trabajo y el placer, el tiempo ordinario y el carnaval. Al tiempo

¹¹¹ BAJTIN, Op. Cit., p. 312

¹¹² *Ibíd.*, p. 323

que se ha rastreado en la obra las cuatro categorías que nombra Bajtin al referirse al carnaval como son el contacto libre y familiar, la excentricidad, las desaveniencias y la profanación; cuatro categorías que permiten dar cuenta de la transformación de los personajes, la renovación de la energía vital y el reordenamiento del mundo.

3. LO SOCIAL EN LOS ALMUERZOS

Aunque no sea consciente ni voluntario, la experiencia personal y el contexto de un artista determinan su obra creativa; en el caso de Rosero, no se puede negar la influencia de su experiencia vital respecto a la iglesia católica y la vida festiva y sagrada que representa el Carnaval de Negros y Blancos, en sus creaciones, específicamente en *Los Almuerzos*; novela en la que fácilmente se pueden percibir una postura crítica frente a la moral y las relaciones que teje el hombre entre la fiesta y la vida útil.

En congruencia con lo anterior, en este capítulo se describirá el modo en que se articula la obra literaria en estudio con la realidad colombiana, siguiendo los hilos que han tejido este trabajo: lo profano y lo sagrado.

3.1. La experiencia de la fiesta y la creación literaria

Uno de los pilares de esta obra narrativa es lo sagrado, ese valor que nace, se fortalece y se difunde en la cultura, se materializa en la fiesta y le permite a la vida renovarse y al orden de mundo recrearse. En el caso de Rosero, la fiesta es un valor de gran importancia en su quehacer literario, pues le ha permitido transgredir la tradición y hablar de temas tabú en una sociedad tan conservadora como la colombiana.

Para el caso de este trabajo monográfico, *Los Almuerzos* aborda temas como: la miseria que viven algunas comunidades minoritarias de la sociedad colombiana (prostitutas, indigentes y ancianos abandonados), la inoperancia del Estado frente a una problemática como aquella, la moral ambigua que personifican algunos representantes de la Iglesia católica y la violencia generada por la inequidad social, los abusos y el sinsentido de la vida moderna para referir la vida profana. Temas que se trenzan con actos sagrados como los ritos y la fiesta para dar lugar a una obra que refleja críticamente la realidad de Colombia y en la que se vislumbra la memoria vital del autor y la huella que ha dejado en él la mayor manifestación de lo sagrado en el pueblo nariñense, el Carnaval de Negros y Blancos.

Este Carnaval tiene su origen en las celebraciones de comunidades indígenas agrarias de Pasto que pedían el favor de su dios Luna para el éxito de sus cultivos y en los posteriores aportes de las comunidades afro y española. Dicho de otro modo, es el Carnaval un encuentro de culturas que abre paso a un tiempo sin límites, un tiempo donde la energía vital se recrea para afrontar el aburrimiento de la vida profana.

Es la vida profana la vida útil de la sociedad, un mundo donde las mayores preocupaciones del hombre son las materiales; como en el caso de las Lilias y Tancredo que soportan toda clase de humillaciones y abusos para poder satisfacer necesidades básicas como alimento y refugio; “La más pequeña de las Lilias tomó la palabra:

—Y no sólo las varices —dijo—. Por lidiar con la estufa de carbón, de fierros que ya están viejos como nosotras, fierros que se destemplan, fierros que se sueltan, fierros que sobresalen como púas, a veces nos quemamos. —Y mostró el brazo arrugado cruzado por la llaga de una quemadura al rojo.

Era la noche de los lamentos, pensó Tancredo”.¹¹³

“...« ¿Por qué no hablan ustedes con él?», les dijo. Y ellas: « ¿Con el reverendo?». «Sí, con el padre Almida.» «Dios nos bendiga, eso es imposible, no seríamos capaces. ¿Cómo rechistar a quien nos da el pan y el vestido?»¹¹⁴.

Volviendo a la idea central, *Los Almuerzos* muestra de una manera muy fiel la miseria que viven muchas personas en Colombia y el modo en que la institucionalidad, sea religiosa o gubernamental, afronta esa realidad. Por ello y teniendo en cuenta la incapacidad del hombre para aceptar la verdad, es necesario apelar a recursos que filtren el peso de esa verdad y así navegar hasta el fondo de misma. En este caso es la relación ambigua entre lo profano y lo sagrado lo que permite exponer esa cruda realidad y los hilos que se tejen en su interior.

Como ya se manifestó, en esta obra literaria se puede adivinar la realidad de un país que naufraga en la miseria, el hambre, la violación de los derechos humanos, la violencia, la corrupción y la falta de humanidad; una realidad que no se puede denunciar ni sacar a la luz pública, así como lo demuestran las amenazas, el secuestro y hasta la muerte de cientos de líderes comunitarios y periodistas que se arriesgan a contar y mostrar la verdad. Sin embargo, el arte transmuta en la obra la realidad interpelada con su lenguaje y difumina la relación que éste pueda tener con aquella.

Dicho lo anterior, *Los Almuerzos* narra la historia de un conjunto de sujetos que protagonizando lo más fútil de la vida, encarnan la realidad y esa sensibilidad que viven muchos colombianos en el marco de la pobreza, la desigualdad y la violencia. Una sensibilidad que crece lentamente y está latente en cada momento de la cotidianidad, convirtiéndose poco a poco en el miedo de convertirse en un animal o en un justiciero que busque la reparación por su propia mano como le sucede, respectivamente, a Tancredo y a las Liliás.

Una reparación que halla realidad en la violencia y en la transgresión de las normas que determinan la relación del género humano y de éste con el mundo; a su vez, una violencia, una sensibilidad que más allá de ocasionar fenómenos como la muerte, genera en el hombre la fuerza y la voluntad necesarias para romper los límites y recrear el orden de mundo, aunque sea temporalmente. Esa transgresión y recreación de orden de mundo, sólo es posible durante la fiesta; ese tiempo en el que las reglas pierden vigencia y por tanto, la burla, la inversión del orden establecido, los excesos y el desenfreno son juzgados desde otro punto de vista.

¹¹³ ROSERO, Op. Cit., p. 56-57

¹¹⁴ *Ibíd.*, p. 58

Así, en *Los Almuerzos*, la muerte de Almida y Machado no se percibe como un acto tan atroz; al calor de la fiesta se difumina la extravagancia o, en este caso, la crueldad con la que mueren estas figuras religiosas y hasta los gatos que son el símbolo de las mismas.

A manera de síntesis, es la cercanía y la experiencia que tuvo Rosero en su infancia con el Carnaval de Negros y Blancos lo que le permite retratar la realidad colombiana y asumir una postura crítica frente a la misma sin el temor de mostrarla tal como es, recurriendo a las licencias y el lenguaje de la fiesta.

3.2. La violencia transgresora y recreadora

La relación ambigua entre los tiempos profano y sagrado ha creado en el hombre una angustia que va creciendo con el día a día y la opresión que representa la vida útil; al final ese desasosiego se traduce como la violencia o la fuerza de esos actos que transgreden la norma y lo establecido para dar paso a un nuevo orden de mundo.

La vida útil se va tornando monótona y sin sentido a medida que lo material va delegando el mundo sagrado y la fiesta a un segundo plano, como afirma Caillois: “El terreno de lo profano se ha extendido y abarca ahora la casi totalidad de los asuntos humanos.”¹¹⁵; el exceso, el desenfreno, la abundancia, los ritos y las prohibiciones son suplantados por las preocupaciones materiales, el aburrimiento y el ritmo lento y cíclico de la vida cotidiana. Precisamente es ese fenómeno lo que retrata Rosero en esta obra literaria, el mismo que da sentido a la violencia que caracteriza los actos de las Liliás, Sabina y Tancredo en el intento por escapar de las cadenas del poder y la vida desahuciada en la Parroquia; necesidad que está explícita en el siguiente diálogo entre Sabina y Tancredo: “—Huyamos de aquí, Tancredo —la oyó decir, estupefacto—. Hoy mismo, ahora, sin despedirnos de nadie. Nos deben un dinero, lo he planeado todo, sé adónde ir, en dónde viviremos para siempre. No nos seguirán, ¿por qué? Hemos trabajado toda la vida para ellos. Era justo que un día nos cansáramos.”¹¹⁶.

En ese orden de ideas, también es necesario traer a colación la desacralización que trajo consigo la modernidad; la dimensión espiritual y sagrada del hombre fue relegada por la fuerza del ideal científico y el materialismo. En otras palabras, el tiempo festivo perdió vigencia, cambió la manera en que el hombre se relaciona con lo sagrado y fue sustituido por el tiempo profano, el trabajo y el orden que éste conlleva; así se puede deducir de las ideas de Caillois:

Todo lo más, señalaremos que se hace abstracto, interior, subjetivo, adhiriéndose menos a seres que a conceptos, menos al acto que a la intención, a las disposiciones espirituales que a la manifestación exterior. Esta evolución se halla evidentemente ligada a los fenómenos más amplios de la historia de la humanidad: la emancipación del in-dividuo, el desarrollo de su autonomía intelectual y moral, en fin, el progreso

¹¹⁵ CAILLOIS, Op. Cit., p. 59

¹¹⁶ ROSERO, Op. Cit., p. 52

del ideal científico, es decir, de una actitud enemiga del misterio, que exige una desconfianza sistemática, una falta de respeto deliberada y que, considerándolo todo como objeto de conocimiento o como materia de experiencia, conduce a mirarlo todo como profano y a tratarlo como tal...¹¹⁷

Muestra de esa invasión de lo profano en la vida del hombre es la cotidianidad en la parroquia de *Los Almuerzos*, la cual está determinada por el tiempo profano y las necesidades básicas que apremian una actitud sumisa y obediente, un tiempo eterno y cíclico que anula la posibilidad de que bullan las emociones. Este fenómeno cobra mayor fuerza cuando inician los almuerzos de piedad, de los que eran víctimas las Liliás, Sabina y Tancredo; las primeras dan testimonio de esta situación: “—Es un trabajo que cansa —dijo otra—. Sobre todo los Almuerzos de Piedad. Si fueran solamente los almuerzos de quienes viven en la parroquia, pues vaya y venga. Pero los de Piedad son almuerzos de tortura para nosotras. Ninguna piedad, padre.”¹¹⁸. A su vez, Almida y Machado eran esclavizados por la ambición que conllevaba los recursos que recibían para los almuerzos de piedad y consumidos por la angustia de perder dicho dinero:

Todo lo que él nos da se lo damos a los pobres. Nuestro corazón es la caridad. Si perdemos los auxilios perdemos los Almuerzos.

—La verdad prevalece siempre — dijo el sacristán.

—Son majaderos —replicó el padre —, y son sacerdotes, carne de nuestra carne, espíritu de nuestro espíritu, y son sin embargo emblema del mal. Quieren birlarnos los auxilios, Dios. No seremos nosotros quienes perdamos. Muchos hijos de Dios sufrirán. La envidia en los sacerdotes es tres veces más pecado. Que los perdone Dios, porque yo los maldigo.

El sacristán se dolió, no precisamente por las palabras del padre —que ya debía conocer— sino porque las dijera enfrente de Tancredo.¹¹⁹

Ambas percepciones de los almuerzos de piedad originaban en unos y otros diferentes emociones; como ya se dijo, el miedo de ser un animal, el aburrimiento o la angustia por el despojo. Tales emociones originaron actos que no sólo avivaban el sentido de la vida sino que buscaban una renovación del orden de mundo, una vida más sacra y menos profana.

Al comparar la descripción de este aspecto de la obra con la realidad y la creación literaria podría entenderse que el arte es una transgresión sagrada como la fiesta. Rosero aborda un referente temático que da razón de la vida humana y de su construcción social sin el temor de violentar las normas sociales y morales que fundamentan cada grupo humano.

¹¹⁷ CAILLOIS, Op. Cit., p. 154

¹¹⁸ ROSERO, Op. Cit., p. 56

¹¹⁹ *Ibíd.*, p. 28-29

No está permitido hablar de la injusticia, la desigualdad, la corrupción, la violencia o cualquier otro elemento negativo que caracterice el orden social, sin embargo, Rosero encontró en la creación literaria el medio necesario para retratar esa realidad que lo rodea, para expresar su postura crítica frente a esos temas que están vedados pero que exigen ser expuestos y liberados del olvido; conquistando así la libertad que el lenguaje artístico le ofreció. El mundo construido en *Los Almuerzos* trasciende los límites de la obra para convertirse en una lectura común del mundo, cualquier lector contemporáneo a la obra puede rastrear la realidad social que subyace bajo ese lenguaje literario. Tal es el caso también de *La carroza de Bolívar* o *En el lejero*, obras en las que su memoria vital se proyecta y es fundamental para su creación y su intento por recrear el mundo. Así como él cambió su manera de percibir a Bolívar gracias a las conversaciones que escuchaba de su familia respecto a este personaje histórico y a la indagación literaria y teórica que realizó siendo estudiante universitario, puede despertar en otras personas esa actitud crítica y transgresora que es el pilar de la fiesta; esa referencia al mundo social y la violencia transgresora y recreadora del arte se encuentra en las propias palabras del autor al referirse a *La carroza de Bolívar*:

Tiene que ver sobre todo con mi memoria. En Pasto, donde viví parte de mi infancia, yo nací en Bogotá, pero soy de ascendencia nariñense, en algunas ocasiones escuché a mis padres, con tíos y con amigos, que cuando se referían a la historia de la independencia, al paso de Bolívar por el sur de Colombia, no lo hacían en buenos términos y eso a mí, que era niño, me causaba bastante controversia, porque en el colegio, uno escucha otra semblanza de Bolívar: es el héroe, una persona magnánima. El adalid intachable, infalible, y en estas conversaciones escuchaba todo lo contrario y esa fue mi primera curiosidad, no definitiva. Con el tiempo, en la universidad, leyendo a otros autores, comencé a verificar que tal vez que esa imagen que conocía a través de los libros estaba más de acuerdo con lo que hablaban mis padres, sobre todo cuando leía a José Rafael Sañudo.¹²⁰

En pocas palabras, la violencia transgresora y recreadora se manifiesta de dos maneras en la obra. En primer lugar, la referencia de Rosero a la realidad humana con el lenguaje artístico que devela y, a la vez, difumina su percepción y su desacuerdo con el mundo; en segundo lugar, los actos rituales y sacrílegos que protagonizan los personajes de *Los almuerzos*.

¹²⁰ CANO, Juan Fernando. Evelio Rosero en un juego de historia. {En línea}. {18 de septiembre de 2016}. Disponible en:

https://www.elcolombiano.com/historico/evelio_rosero_en_un_juego_de_historia-ECEC_167627

4. CONCLUSIONES

El hombre es un ser social que necesita vivir con otros, pero necesita regular la manera en que lo hace; para ello ha creado una estructura jerárquica y un sistema de valores que determina su cotidianidad y su visión de mundo. De tal modo, el hombre ya no es libre y sus actos encuentran eco y respuesta en el grupo social que lo acoge de acuerdo a las normas o prohibiciones que determinan su conducta; tal como lo refiere Alarcón al afirmar que “El conjunto de implicaciones recíprocas entre los individuos que se producen como consecuencia de los modelos de conducta conforman, para Geiger, la coordinación de la conducta, que es la base del ordenamiento social.”¹²¹, cita que se puede encontrar en el capítulo 1. Ello sumado al orden establecido por el trabajo, ha convertido la vida en una bomba de tiempo; poco a poco la angustia, la monotonía y el sinsentido se han apoderado de ella y del hombre y han dado origen a los actos transgresivos. Así le sucede a las Liliás, quienes deciden tomar justicia por su propia mano y reordenar su mundo, así lo refiere la cita que ya se había mencionado en el capítulo 2: “-Y sigue dormido-repuso la más pequeña de las Liliás, asomando por un instante la canosa cabeza a la puerta, únicamente la cabeza, estirando el arrugado cuello, la voz confidencial: Igual que el sacristán. ¿Despertarán algún día? Quién sabe. Quién puede saberlo. Ya les dimos su agüita de yerbabuena. La merecían.”¹²².

De ese modo, se percibe la dualidad del mundo; un mundo de opuestos: prohibición y transgresión, trabajo y fiesta, austeridad y abundancia, calma y desenfreno... lo profano y lo sacro fundamentan la existencia humana.

Esa dualidad es la base de las concepciones teóricas de Roger Caillois y Mijail Bajtin en relación con lo profano y lo sagrado y el tiempo ordinario y el carnaval, respectivamente; teorías que sustentan el análisis literario que se ha realizado en este trabajo de la obra *Los Almuerzos* y que permiten entender que aquella es una clara manifestación del carácter dual de la vida y el mundo y de la lucha de esos dos tiempos, el profano y el sagrado, que ocupan momentos diferentes de la cotidianidad humana, a la vez que responden a dinámicas y sensibilidades distintas.

En ese orden de ideas, lo primero que se encuentra en *Los Almuerzos* es un mundo y un tiempo profano definido por las condiciones inhumanas de existencia, las desigualdades, la injusticia, el abuso, la corrupción, la monotonía y la jerarquía, elementos que a su vez representan el orden establecido por los clérigos Almida y Machado. Un tiempo que refleja su sentido en los almuerzos de piedad, el miedo de Tancredo de convertirse en animal, el intento de Sabina por convencer a Tancredo de apoderarse del dinero de Almida y huir juntos y el ajusticiamiento de Almida y Machado a manos de las Liliás.

¹²¹ GEIGER. Op. Cit., p. 227.

¹²² ROSERO, Op. Cit., p. 93

Ese orden genera angustia, monotonía y sinsentido, percepción que se infiere fácilmente del siguiente apartado que ya se había citado en el capítulo 2 “...ya quisieran ellas ser gigantes y repartir papas al mundo, pero son mujeres viejas, mujeres pequeñas, y ese trote todos los días cansa; y además tenían que ocuparse del almuerzo del padre, exclusivo, del sacristán, de ellas mismas, y también de los almuerzos de los gatos, y todo al mismo tiempo, todos los días: o estaban realmente viejas o de un momento a otro la vida se les puso aburrida.”¹²³.

En el otro lado, la fiesta nace con la llegada del padre Matamoros, quien es la personificación de los valores carnavalescos; un borracho que es entronizado como un ser divino, el salvador de las Liliás; un ángel que con su voz difumina la angustia, la monotonía y el sinsentido de la vida de la comunidad parroquial; lo que hace volver el caos, el tiempo mítico que trae consigo el renacimiento y la renovación de la energía vital y la instauración de un nuevo orden de mundo, un ensueño que puede ser destruido por la constante pugna entre el mundo profano y el mundo sagrado.

En ese sentido, la llegada del padre Matamoros despierta en la comunidad de la parroquia el deseo de salir de esa espiral que ha robado el sentido de su vida y a dejarse llevar por ese frenesí propio del tiempo sagrado; así se había referido en el capítulo 1 con la siguiente expresión de Caillois al hablar de la fiesta, “...una exaltación que se agota en gritos y gestos que incitan a abandonarse sin traba a los impulsos más irreflexivos”¹²⁴.

En tanto, la sensibilidad de la fiesta se desborda y los límites temporales se difuminan; el exceso, la excentricidad, la euforia y el éxtasis eternizan los momentos vividos. Así como se había referido en el capítulo 2 al citar el siguiente fragmento

...el canto perdura, los cirios crepitan como si respondieran, ahora los gatos dejan incluso de comer, buscan sus guaridas con pasmosa serena mirada, enderezan el camino, ganan una esquina de la mesa y saltan de uno en uno, se reacomodan en sus nichos, atentos, los ojos puestos en la voz de Matamoros, bailan —se dijo entonces Tancredo, al observar de pronto a las Liliás—, están bailando, y así era: impulsadas por un vals columpiante que ahora Matamoros susurraba, las Liliás adoradoras deambulaban por la cocina en silenciosa danza, sumidas en un vértigo de espíritus, sostenidas en el aire como debajo de una cascada, los ojos entrecerrados, los brazos elevados, Tancredo no supo cuánto tiempo pasó... ¹²⁵

Para finalizar, este trabajo no es sólo la interpretación de los planteamientos teóricos de Caillois y Bajtin en *Los Almuerzos*, sino una lectura de la condición humana reflejada en ella. De esta manera, el sentido de la obra se teje alrededor del calor y el ritmo de los tiempos profano y sagrado, del tiempo ordinario y el tiempo de la fiesta o el carnaval. Un sentido que trasciende los límites creativos de la obra para trasladarse a los diferentes escenarios de la realidad y arrastrar al lector a los

¹²³ *Ibíd.*, p. 57

¹²⁴ Caillois. *Op. Cit.*, p. 110

¹²⁵ ROSERO, *Op. Cit.*, p. 70

espejos que se irguen frente a él y le muestran una imagen crítica de esa historia universal que es la vida humana; una vida que se va convirtiendo, como ya se dijo, en una bomba de tiempo que se hincha cada vez más con la angustia, la monotonía y el sinsentido que va creciendo en el interior de cada ser. No obstante, el tiempo de la fiesta o el carnaval, se configura como la válvula de escape a toda esa presión que origina el tiempo profano con sus prohibiciones; hace de la vida un tiempo de libertad, familiaridad, exceso y desenfreno para que la misma renazca y se renueve, para instaurar un nuevo orden de mundo, aunque sea de manera fugaz como el sueño.

BIBLIOGRAFÍA

ALARCÓN CABRERA, Carlos. El derecho como tipo de ordenamiento social en Theodor Geiger. En: Anuario de Filosofía del Derecho. 1988. No.5, p. 225-242.

BAJTIN, Mijail. Carnaval y Literatura. En: Eco. Enero, 1971. No.129, p. 311-388.

BAJTIN, Mijail. Introducción Planteamiento del problema. En: La cultura cómica de la edad media y el renacimiento. El contexto de Francois Rabelais. Buenos Aires: Alianza, 1987. p. 4 - 51.

BATAILLE, George. El Erotismo. (1957). 214 p. Disponible en: http://www.olimon.org/uan/bataille-el_erotismo.pdf

CAILLOIS, Roger. El hombre y lo sagrado. Primera edición en español. México: Fondo de cultura económica, 1942. 189 p. Disponible en: <http://libroesoterico.com/biblioteca/ESPECIALES2/El-Hombre-y-Lo-Sagrado-Caillois-Roger.pdf>

CANO, Juan Fernando. Evelio Rosero en un juego de historia. [En línea], 28 de enero de 2012 [Citado 18 de septiembre de 2016]. Disponible en internet: https://www.elcolombiano.com/historico/evelio_rosero_en_un_juego_de_historia-ECEC_167627

DARWIN, Carlos. El origen del hombre. Traducción de A. López White. Valencia: F. Sempere y C^a, Editores, 2009. 196 p. Disponible en: https://medicina.ufm.edu/images/7/7c/Elorigendelhombre_POR_CHARLES_DARWIN.pdf

GEIGER, T.: Estudios de Sociología del Derecho, trad. cast. de Arturo Camacho, Guillermo Hirata y Ricardo Orozco, introducción de Paul Trappe, Fondo de Cultura Económica, México, 1983, 180 p., Citado por ALARCÓN CABRERA, Carlos. El derecho como tipo de ordenamiento social en Theodor Geiger. En: Anuario de Filosofía del Derecho. No.5 (1988); p. 225

GÓMEZ GÓMEZ, Javier Andrés. El espacio narrativo en tres novelas de Evelio José Rosero. Tesis Maestría en Estudios Humanísticos. Medellín: Universidad EAFIT. Escuela de Ciencias y Humanidades, 2013. 87 p.

JARAMILLO, Juan. La Evolución de la Cultura: de Las Cavernas a la Globalización Del Conocimiento. Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica, 2004. p. Disponible en: <https://books.google.com.co/books?id=yTkCePIsXQC&pg=PA52&lpg=PA52&dq=jerarquia+en+la+humanidad+de+las+cavernas&source=bl&ots=4pNF6UeNGZ&sig=ACfU3U2n3IUdTWNsmAqZBn2M7mSWssYaug&hl=es&sa=X&ved=2ahUKewjgxobAivHpAhVMh-AKHQ9SDLsQ6AEwAnoECAkQAO#v=onepage&q=jerarquia%20en%20la%20humanidad%20de%20las%20cavernas&f=false>

MARÍN COLORADO, Paula Andrea. La novelística de Evelio Rosero Diago: los abusos de la memoria. En: Cuadernos de Aleph. 2011. No.3, p. 136-160.

RESTREPO, Carlos. Un escritor tiene que ir por la verdad': Evelio Rosero. [En línea], 06 de junio de 2014 [Citado 06 de mayo de 2016]. Disponible en internet: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-14086116>

ROJAS GARCÍA, Ilene, & OLAVE ARIAS, Giohanny. Caracterización temática de la narrativa infantil colombiana (1980-2005). Proyecto de Grado Licenciado en Español y Literatura. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira. Facultad de Educación. Programa de Español y Comunicación audiovisual, 2007. 155 p.

ROJAS CAICEDO, Vivian Carolina. La mirada transgresiva en la narrativa de Evelio José Rosero. Tesis Magister en Literaturas colombiana y latinoamericana. Santiago de Cali: Universidad del Valle. Facultad de Humanidades. Escuela de Estudios literarios, 2014. 150 p.

ROSETO DIAGO, Evelio José. Los Almuerzos. Medellín: Universidad de Antioquia, 2001. 98 p.

SOCIEDADES BÍBLICAS UNIDAS. Dios habla hoy. La Biblia con deuterocanónicos. Segunda edición. Bogotá: Carvajal S.A, 1988. 1184 p.